



Director de la colección:

A. González Hermoso

\*\*\*

Adaptador de *La Regenta*:

M. Sánchez Alfaro

\*\*\*

La versión adaptada sigue la edición de *La Regenta*, de Leopoldo Alas, *Clarín*, Ediciones Cátedra, S. A., edición de Juan Oleza, 1994.

1.ª edición: 1996  
1.ª reimpresión: 1999  
2.ª reimpresión: 2000  
3.ª reimpresión: 2001  
4.ª reimpresión: 2006  
5.ª reimpresión: 2007  
6.ª reimpresión: 2011  
7.ª reimpresión: 2013

Dirección y coordinación editorial:

Pilar Jiménez Gazapo

Adjunta dirección y coordinación editorial:

Ana Calle Fernández

Diseño de cubierta, maquetación:

Departamento de Imagen EDELSA

Fotocomposición: Fotocomposición Crisol, S.L.

Fotografía portada: J. R. Brotons

Filmación: Fotocomposición Crisol, S.L.

Imprenta: Level

© 1996, EDITORIAL EDELSA grupo Didascalía, S. A.

ISBN: 978-84-7711-128-3

ISBN (de la colección): 978-84-7711-103-0

Depósito legal: M-4233-2011

Impreso en España

Printed in Spain

«Cualquier forma de reproducción de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de la editorial, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra».

Desde los primeros momentos del aprendizaje del español, el estudiante extranjero se siente atraído por los grandes nombres de la literatura en español, pero, evidentemente, no puede leer sus obras en versión original.

De ahí el objetivo de esta colección de adaptar grandes obras de la literatura en lengua española a los diferentes niveles del aprendizaje: elemental, intermedio, avanzado.

En todos los títulos hay:

- Una breve **presentación** de la vida y obra del autor.
- Una **adaptación** de la obra con las características siguientes:
  - mantener los elementos importantes de la narración y la acción;
  - conservar todo lo más posible las palabras y construcciones del autor según el nivel (I, II, III) de la adaptación;
  - sustituir construcciones sintácticas y términos léxicos que sean difíciles o de poco uso en la actualidad.
- Una **selección** de partes significativas de la obra en su **versión original**. El lector, una vez leída la adaptación, puede seguir así los momentos principales del relato.
- La **lista de palabras** de la obra adaptada, agrupando en la misma entrada a las de la misma familia léxica. El lector puede elaborar así su propio diccionario.
- Una **guía de comprensión lectora** que ayuda a elaborar la **ficha resumen** de la lectura del libro.

Y en algunos títulos hay:

- Una casete audio que permite trabajar la comprensión oral.
- Una casete vídeo en versión original que complementa la lectura.

La colección de **Lecturas clásicas graduadas** pretende que el lector disfrute con ellas y que de ahí pase a la obra literaria íntegra y original.

### Vida

C

Escritor español nacido en Zamora (Comunidad de Castilla y León) en 1852.

Su verdadero nombre era Leopoldo García-Alas Ureña. El seudónimo *Clarín* lo utilizó por primera vez en 1875, al firmar sus artículos periodísticos.

l

Perteneció a una vieja familia asturiana, y fue hijo del gobernador civil de Zamora.

Tras residir en otras ciudades, su familia se instaló en Oviedo, donde Clarín estudió Derecho. Después hizo estudios de Filosofía y Letras en Madrid, donde asistió a tertulias literarias y empezó a escribir artículos periodísticos.

En 1883 se trasladó definitivamente a Oviedo como catedrático de la Facultad de Derecho.

a

De ideología liberal, intervino en política y fue elegido concejal en 1887.

Murió en Oviedo (Principado de Asturias) en 1901.

### Obra

r

Clarín fue un gran novelista y crítico literario del siglo XIX.

Se vio influenciado por las corrientes literarias del *naturalismo* y el *realismo*.

Escribió varias narraciones y cuentos, y numerosos artículos periodísticos.

### Artículos periodísticos

í

*Solos* (1890-1898), selección de su extensa obra crítica.

*La literatura en 1881* (1882), colección de críticas propias y de su amigo Palacio Valdés.

### Novelas

n

*La Regenta* (1884).

*Su único hijo* (1890).

### Cuentos

C

*Pipá* (1886).

*El señor y lo demás son cuentos* (1893).

*Cuentos morales* (1896).

*El gallo de Sócrates* (1901).

### La Regenta

l

Considerada como una de las mejores obras del siglo XIX, y una de las obras más valiosas de la literatura española, *La Regenta* es la más importante y popular novela de Clarín.

Fue publicada en dos volúmenes, en 1884 y 1885.

En *La Regenta*, Clarín hace un preciso y despiadado análisis de la sociedad española de su época, en la cual la aristocracia y el clero siguen teniendo el poder y dictando las normas.

Su publicación condujo a Clarín a un enfrentamiento con el obispo de Oviedo, por el ataque al catolicismo en su obra. También se le acusó de distribuirla entre sus alumnos.

La acción transcurre en una ciudad provinciana, Vetusta, en un ambiente lleno de corrupción e hipocresía.

a

La protagonista, Ana Ozores (llamada *la Regenta*), mal casada y ansiosa de amor, es la mujer más hermosa e inteligente de Vetusta. Por ella luchan dos hombres: don Álvaro Mesía, el señorito aventurero con el que tendrá amores adúlteros, y don Fermín, un canónigo que sólo podrá dar una respuesta mística a los deseos de Ana, y que vive torturado por la violenta pasión que la Regenta ha desatado en él.

r

í

n

bra  
apta

## Capítulo I



<sup>1</sup> *magistral*: aquí, predicador oficial de una iglesia.

<sup>2</sup> *provisor*: juez de un tribunal eclesiástico, nombrado por el obispo.

<sup>3</sup> *catalejo*: objeto que se usa para ver a larga distancia.

<sup>4</sup> *sotana*: traje largo que usan los eclesiásticos.

<sup>5</sup> *canónigo*: sacerdote que tiene un cargo determinado en la iglesia.

<sup>6</sup> *convento*: lugar en que viven los religiosos.

<sup>7</sup> *casa solariega*: casa antigua y noble, perteneciente a una misma familia.

<sup>8</sup> *caracol*: aquí, escalera de caracol, en forma espiral.

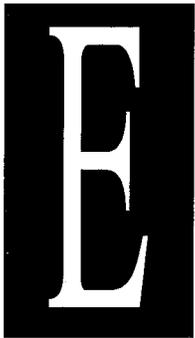
<sup>9</sup> *sacristía*: parte de la iglesia donde se preparan los sacerdotes y los objetos para el culto.

a ciudad de Vetusta dormía la siesta, oyendo entre sueños la campana de la catedral. Don Fermín de Pas, magistral<sup>1</sup> de aquella santa iglesia catedral y provisor<sup>2</sup> del Obispo, subió a la torre, sacó un catalejo<sup>3</sup> de un bolsillo de la sotana<sup>4</sup> y se puso a observar los rincones de la ciudad. Don Fermín era montañés y le gustaba llegar a lo más alto. En Vetusta tenía que contentarse con subir a la torre de la catedral. Pero el canónigo<sup>5</sup>, a sus 35 años, seguía sin renunciar a más altos destinos.

De Pas amaba el barrio de la catedral, con sus conventos<sup>6</sup>, palacios y casas solariegas<sup>7</sup> con amplios jardines, llamados parques cuando eran tan extensos como el de los Ozores y el de los Vegallana.

Más de media hora estuvo el Magistral en su observatorio aquella tarde. Cansado de mirar, o no pudiendo ver lo que buscaba, guardó cuidadosamente el catalejo, bajó por el caracol<sup>8</sup> de piedra y se dirigió a la sacristía<sup>9</sup>.

## Capítulo II



El Provisor quería hablar con don Cayetano de Ripamilán, alegre canónigo de 76 años. Don Fermín y él eran muy buenos amigos. Mientras algunos seguían a don Fermín por interés y otros por miedo, don Cayetano le servía y amaba porque, según él, era el único hombre superior de la catedral: un sabio, un literato, un orador, un hombre de gobierno y, sobre todo, un hombre de mundo. Ripamilán lo defendía cuando se hablaba mal de él, cuando se le acusaba de tirano<sup>10</sup>, de comerciante. Si se rumoreaban aventuras amorosas del Magistral, don Cayetano sonreía al negar:

<sup>10</sup> *tirano*: que abusa de su poder.

<sup>11</sup> *pulcro*: limpio.

<sup>12</sup> *beata*: mujer que va mucho a la iglesia y se dedica a obras de caridad.

-La verdad es que don Fermín es muy buen mozo, pulcro<sup>11</sup> y elegante, y si las beatas<sup>12</sup> se enamoran de él, él no tiene la culpa ni la cosa es contraria a las sabias leyes naturales.

\*\*\*

<sup>13</sup> *regente*: juez presidente de una audiencia territorial.

<sup>14</sup> *audiencia*: aquí, tribunal de justicia.

Ana Ozores, llamada la Regenta porque su marido había sido regente<sup>13</sup> en varias Audiencias<sup>14</sup> —últimamente en la

<sup>15</sup> *confesarse*: en la religión católica, reconocer los pecados y pedir perdón por ellos al sacerdote confesor.

<sup>16</sup> *capilla*: parte de una iglesia con altar propio.

<sup>17</sup> *virtuoso*: bueno, honrado.

<sup>18</sup> *Espolón*: paseo público de Vetusta.

<sup>19</sup> *acólito*: aquí, monaguillo, uno que ayuda en la misa.

de Vetusta—, había ido aquella tarde a confesarse<sup>15</sup> a la capilla<sup>16</sup> del Magistral, como se lo había aconsejado Ripamilán. Era la primera vez que iba a confesarse con él. Antes, siempre lo hacía con don Cayetano Ripamilán, que había decidido retirarse por completo del confesionario.

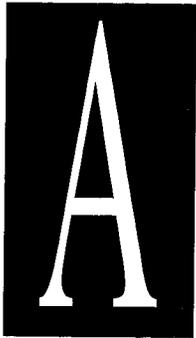
El Magistral, al bajar de la torre, había visto de lejos y conocido a dos señoras que le esperaban para confesar: eran la virtuosa<sup>17</sup> y hermosísima Regenta y Visitación. ¿Cómo habían venido sin avisar? Don Cayetano debía de saberlo. De todas formas, el Magistral no las confesaría aquella tarde, porque era uno de sus días de descanso.

Don Cayetano se quedó muy sorprendido al oír que la Regenta había estado en la catedral y que el Magistral no había corrido a saludarla y a confesarla.

-Creo que se fueron de paseo, porque doña Visita habló del Espolón<sup>18</sup> -dijo el acólito<sup>19</sup>.

-¡Al Espolón! -gritó Ripamilán, cogiendo del brazo al Magistral-. Quiero dar una explicación a mi querida amiga... Quiero que usted conozca bien a esa gran mujer, a ese ángel de bondad.

### Capítulo III



quella tarde hablaron la Regenta y el Magistral en el paseo. Por la noche, doña Ana sólo recordaba, de la breve conversación de la tarde, que el Magistral la esperaba al día siguiente en su capilla para una confesión general, como era conveniente hacer cuando se cambiaba de confesor.

“¡Confesión general!” -pensaba. “Eso es la historia de toda una vida”. E intentando hacer el examen de conciencia de sus pecados, pensó que su vida era monótona y estúpida. Se acordó de que no había conocido a su madre, que murió al nacer ella: “Ni madre, ni hijos”.

Toda su desgraciada infancia le vino a la memoria. Doña Camila, su aya<sup>20</sup>, era una mujer fría e injusta que no la quería. Se acordaba de aquel gran pecado que le dijeron que había cometido, sin saberlo ella, la noche que pasó dentro de una barca con su amigo Germán.

\*\*\*

Comenzó a sentirse mal y llamó a su marido.

-¿Qué tienes, hija mía? -gritó don Víctor Quintanar acercándose a la cama.

Eran los síntomas del ataque nervioso de siempre: no veía, tenía los párpados y la cabeza ardiendo, las manos frías...

<sup>1</sup> *Tila y azahar*: infusiones, hierbas que se hierven en agua.

Petra, la criada, que ya sabía lo que su ama necesitaba, corrió a la cocina a por tila y azahar<sup>21</sup>. Don Víctor estaba acostumbrado al ataque de su esposa.

-No pienses en ello, que ya sabes que es lo mejor.

-Sí, tienes razón; acércate, háblame, siéntate aquí.

Don Víctor se sentó en la cama y depositó un beso paternal en la frente de su señora esposa. Ella le apretó la cabeza contra su pecho y derramó algunas lágrimas.

-¿Ves? Ya lloras; buena señal. La tormenta de nervios se deshace en agua.

En efecto, Ana comenzó a sentirse mejor. Con la tila y el azahar, acabó de tranquilizarse.

-¿No quisieras tener un hijo, Víctor?

-¡Claro que sí! -contestó el ex regente para darle gusto a su mujer. En realidad, en esos momentos sólo pensaba en irse a dormir antes de salir temprano de caza con su buen amigo don Tomás Crespo.

\*\*\*

Don Víctor adoraba la caza y los animales. Salía de caza antes de amanecer, y le gustaba tener a sus pájaros

cerca de la cama para que le despertaran con sus cantos. Por eso, Ana había propuesto que durmieran en habitaciones separadas. Así ella también podría dormir tranquila por las mañanas. La idea le gustó mucho a don Víctor.

Aquella noche, don Víctor no podía dormir. Cogió el libro que tenía en la mesilla. Hasta que llegó Frígilis<sup>22</sup>, estuvo leyendo *El médico de su honra*. Siempre había sido muy aficionado a representar comedias, y sentía pasión por el teatro del siglo diecisiete. Según él, nadie como Calderón de la Barca entendía de lo que era el honor y de cómo conservarlo.

Doña Ana tardó mucho en dormirse. Pero ahora ya veía las cosas desde otro punto de vista. Pensaba que tenía que seguir sacrificando su juventud por aquel noble esposo a quien debía la dignidad y la independencia de su vida. Se alegró al pensar que en Vetusta todos la admiraban por virtuosa y bella, y la consideraban buena católica. Su hermosura se adoraba en silencio. El mismo don Álvaro, que tenía fama de atreverse a todo y conseguirlo todo, la quería, la adoraba; hacía más de dos años que ella lo había notado, aunque él sólo le había hablado con los ojos. Y pensando en don Álvaro Mesía, se quedó dormida dulcemente.

<sup>22</sup> *Frígilis*: forma familiar de llamar a don Tomás Crespo.

## Capítulo IV

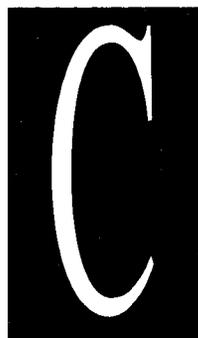


La familia de los Ozores era una de las más antiguas y nobles de Vetusta. El matrimonio de don Carlos Ozores con una humilde modista<sup>23</sup> italiana había originado un rompimiento con su familia. Don Carlos, como era liberal<sup>24</sup> y odiaba los colegios, tomó un aya para la educación de su hija. Don Carlos tuvo que emigrar, y Ana quedó en poder de doña Camila. El encierro y el ayuno<sup>25</sup> fueron sus disciplinas.

Doña Camila escribió a las tías de Vetusta contándoles el escándalo provocado por la noche que Ana pasó en la barca con Germán. Pasaron años. Don Carlos volvió. El mundo se olvidó de semejante absurdo, excepto el aya, las tías y Ana, que se acordaba mucho de aquella calumnia<sup>26</sup>. Don Carlos despidió a doña Camila y se encargó de la educación de su hija.

<sup>23</sup> *modista*: costurera.  
<sup>24</sup> *liberal*: aquí, progresista, partidario de las ideas más avanzadas de su época referidas a la educación y a la política.  
<sup>25</sup> *ayuno*: falta o privación de alimento.  
<sup>26</sup> *calumnia*: acusación falsa.

## Capítulo V



Cuando murió don Carlos Ozores, Ana se fue a vivir con sus tías a Vetusta.

La aristocracia<sup>27</sup> acordó acoger a la hija de don Carlos como una Ozores, descendiente de la mejor nobleza. No se hablaría para nada de su madre ni del asunto de la barca. Con el tiempo, se olvidó todo. Su belleza salvó a la huérfana<sup>28</sup>. Pero Ana no era feliz. Quería liberarse. Pensaba que la única manera decente de salir de allí era el matrimonio o el convento.

Pero las tías se habían burlado cruelmente de su falsa devoción. Además, le habían tenido que quitar a Ana el horrible vicio de escribir. A los aristócratas y seductores de la clase media tampoco les gustaban las mujeres literatas. Ana los despreciaba a todos por cobardes y estúpidos. Excepto a uno: la tarde en que don Álvaro Mesía tomó la diligencia<sup>29</sup> para Madrid, Ana había salido de paseo con sus tías por la carretera de Madrid. Encontraron el coche. Álvaro las saludó. Ana y Mesía se miraron co-

<sup>27</sup> aristocracia: clase noble de la sociedad.

<sup>28</sup> huérfano: que no tiene padres.

<sup>29</sup> diligencia: aquí, coche de caballos para el transporte de viajeros.

mo si hasta aquel momento nunca se hubieran visto bien.

Pero al mes Ana ya no se acordaba de don Álvaro; ni don Álvaro de Ana en cuanto llegó a Madrid.

<sup>30</sup> magistrado: juez u otro funcionario superior de justicia.

<sup>31</sup> natural de: nacido en.

Volvió a pensar en el convento como única solución. Su confesor, Ripamilán, la disuadió de semejante idea, y le habló de un novio que tenía para ella: un magistrado<sup>30</sup>, natural de<sup>31</sup> Zaragoza, algo maduro para novio (tenía entonces Ana diecinueve años y el señor don Víctor Quintanar pasaba de los cuarenta), pero muy bien conservado.

Según don Tomás Crespo, un buen amigo de las tías, Quintanar era muy honrado, valiente, gran cazador y gran aficionado a las comedias. Don Tomás era una de las pocas personas a quien Ana estimaba de veras, por ver en él cualidades morales raras en Vetusta: la tolerancia, la alegría y la despreocupación en materias supersticiosas.

Una tarde, Crespo les presentó a su gran amigo don Víctor. Ana pensó que, efectivamente, no estaba mal conservado, tenía buena presencia y aspecto simpático.

Ana pasaba el tiempo sin sentir al lado de Quintanar. "Tenía ideas puras, nobles, elevadas y hasta poéticas." Pero a solas se decía Anita: "¿No es una temeridad<sup>32</sup> casarse sin amor? ¿No decían que su vocación religiosa era falsa, que ella no servía para esposa de Jesús porque no lo amaba bastante? Pues si tampoco amaba a don Víctor, tampoco debía casarse con él." Consultado Ripamilán, contestó: "¿No confesaba Anita que le agradaba don Víctor? Sí. Pues cada día le encontraría más gracia. Mientras que en el convento, la que empieza sin amor acaba desesperada."

<sup>32</sup> temeridad: imprudencia.

Aunque la aristocracia opinó que Anita hacía una boda loca, la hizo. Toda Vetusta fue a despedirlos. Ana no amaba a don Víctor, pero procuraría amarle.

Durante el viaje, Ana repasaba todos los años anteriores de su juventud, y se daba cuenta de que ni uno solo de aquellos hombres que quedaban allá abajo le había hablado de amor, de verdadero amor, ni se lo había inspirado. "Y ahora estaba casada. Era un crimen pensar en otros hombres. Todo había concluido... sin haber empezado."

Abrió Ana los ojos y miró a su don Víctor, que leía tranquilamente al inmortal Calderón de la Barca.

## Capítulo VI



El Casino<sup>33</sup> de Vetusta ocupaba un caserón solitario, cerca de la catedral. Allí se jugaba con una perfección que ya era famosa.

Vetusta se distinguía por su patriotismo, por su religiosidad y su afición a los juegos prohibidos. La religiosidad y el patriotismo se explicaban por la historia; la afición al juego por lo mucho que llovía en Vetusta. ¿Qué habrían de hacer los socios, si no se podía pasear?

En las tertulias<sup>34</sup> del Casino se hablaba de todo y murmuraba<sup>35</sup> de todos.

El señor Foja, un ex alcalde liberal enemigo de los curas, decía:

-Pero, vamos a ver, ¿quién le ha asegurado a usted que el Magistral no ha querido confesar a la Regenta?

<sup>33</sup>Casino: lugar de juego y tradicionalmente masculino.

<sup>34</sup>Tertulia: reunión de personas para conversar.

<sup>35</sup>Murmurar: aquí, hablar de los ausentes.

-Me lo ha dicho quien vio por sus ojos a doña Anita entrar en la capilla de don Fermín, y a don Fermín salir sin saludar a la Regenta.

-Pues yo los he visto saludarse y hablar en el Espolón.

-Es verdad -gritó un tercero-, yo también los vi. De Pas iba con Ripamilán y la Regenta con Visitación. Es más, el Magistral se puso muy colorado.

-¡Pues yo sé más que todos ustedes!: Mesía quiere conquistar a la Regenta.

Escándalo general. Nadie creía semejante afirmación.

-Señores, yo no digo que la Regenta se deje conquistar, sino que Álvaro quiere conquistarla, que es muy distinto.

-Hombre..., la Regenta..., ¡es demasiado!

-Y, vamos a ver -preguntó el señor Foja- ¿qué tiene que ver Mesía con el Magistral y la confesión de la Regenta?

-Pues tiene mucho que ver, porque Ripamilán le ha pedido ayuda al otro; él no está para casos de conciencia complicados. Y el Magistral sabe mucho de eso.

El corro<sup>36</sup> sonrió en señal de aprobación.

<sup>36</sup> *corro*: aquí, círculo que forman las personas para hablar.

## Capítulo VII

D

Don Álvaro Mesía, jefe del Partido Liberal de Vetusta y Presidente del Casino, era alto y esbelto. Se vestía en París y solía ir él mismo a tomarse las medidas. Mesía iba muchas veces a Madrid y al extranjero. Aunque era de Vetusta, no tenía el acento del país. Sabía hablar francés, italiano y un poco de inglés. Don Álvaro era el *don Juan* de Vetusta; tenía fama de atrevido e irresistible conquistador.

Al acercarse don Álvaro al corro, notó que su presencia había hecho cesar alguna conversación. Estaba acostumbrado a ello. Sabía que algunos le odiaban. Se volvió a hablar de mujeres casadas, aunque ya no de la Regenta. También se habló del Magistral. Según don Álvaro, la ambición y la avaricia eran los pecados capitales del Magistral. Por lo demás, era un sabio y un orador incomparablemente mejor que el Obispo.

Terminada la tertulia, Don Álvaro Mesía y Paco Vegallana salieron juntos.

Paco veía en Mesía un héroe. A pesar de la diferencia de edad (cuarenta y tantos años tenía Mesía y unos veinticinco el futuro marqués), eran buenos amigos, porque Vegallana procuraba imitar en ideas y gustos a su ídolo<sup>37</sup>.

<sup>37</sup> *ídolo*: persona muy admirada.

-¿Adónde vamos? -preguntó Vegallana.

Don Álvaro se encogió de hombros.

-Puede ser que esté ella en mi casa.

-¿Quién, Anita? ¡Bah!

-Estoy seguro de que sabe que te gusta, y de que a ella le gustas tú.

Mesía explicó a Paco lo que sentía. Le engañó hablándole de amor puro, pues sabía que Paco creía en el amor puro y grande, como el de los libros y las comedias. Don Álvaro quería convencer a Paco de la fuerza y pureza de su amor para que éste le ayudara. La amistad entre los Vegallana y la Regenta era íntima. Ana iba a menudo a casa del marqués. La casa de Paco era un terreno neutral, el lugar ideal para encontrarse con Ana. Pensaba que tan mujer era la Regenta como las demás. ¿Por qué había de ser invulnerable<sup>38</sup>? Le irritaba la estúpida fe de Vetusta en la virtud de aquella señora.

<sup>38</sup> *invulnerable*: aquí, imposible de alcanzar.

Si hubiese conocido Paco estos pensamientos de su amigo, que probaban la falsedad de su amor, le hubiera negado su eficaz auxilio en la conquista de la Regenta.

## Capítulo VIII



<sup>39</sup> *devota*: dedicada a obras de caridad y a la religión.

Doña Rufina de Robledo, marquesa de Vegallana, era liberal. Muy devota<sup>39</sup> pero muy liberal. Opinaba que lo único bueno que la aristocracia de ahora podía hacer era divertirse. Para ella no había más pecado mortal que la hipocresía.

Doña Rufina iba al teatro todas las noches que había función; para eso tenía carruajes. Si no había teatro, y esto era muy frecuente en Vetusta, recibía en su gabinete a los amigos y amigas que querían hablar de sus cosas, mientras ella leía. El espíritu de tolerancia de la marquesa había contagiado a sus amigos. Nadie espía a nadie. La marquesa sabía que en su casa se enamoraban los jóvenes libremente. Ella se encogía de hombros.

\*\*\*

Aquel día no estaba doña Ana en casa de los Vegallana. Pero sí que estaban Visitación, una antigua novia de Me-

sía, y Obdulia, la viudita, que también había tenido relaciones con don Álvaro.

Mesía y Visita eran muy buenos amigos y se lo decían todo, o casi todo. Mesía hablaba de la Regenta con Visita con más sinceridad que con Paco. Al marquesito había que hablarle de amor puro; a Visita, de una conquista más. Visita no creía a nadie capaz de resistir a su antiguo novio. Aunque Visita era amiga de Ana desde que ésta llegó a Vetusta, la aburría tanta alabanza<sup>40</sup>, y la virtud de la Regenta la volvía loca. Estaba segura de que, en el fondo, Ana era como todas las demás. Álvaro negaba estar enamorado. Visita prefería creer lo contrario.

-Ella es hermosa, Alvarín, hermosa, hermosa; eso te lo juro yo.

-Sí, eso a la vista está.

-No, no todo está a la vista, como comprendes... Si la pudieras ver en su cuarto, sobre todo cuando le da un ataque de esos que la hacen retorcerse... ¡Suspira de un modo, da unos abrazos a las almohadas! Parece que rabia de celos o se muere de amor... Ese estúpido de don Víctor, con sus pájaros, sus comedias y su Frígilis, no es un hombre.

Y describía minuciosamente y con entusiasmo todos los encantos velados<sup>41</sup> de Ana. El Presidente del Casino estaba colorado como una amapola<sup>42</sup>, y tragaba saliva.

-Ella está enamorada.

-Y tú, ¿cómo lo sabes?

-Mira, si le hablan de ti, palidece o se pone como un tomate. En el teatro, te mira en cuanto vuelves la cara, y

<sup>40</sup> alabanza: elogio.

<sup>41</sup> velado: oculto.

<sup>42</sup> amapola: flor de un fuerte color rojo.

<sup>43</sup> gemelos: aquí, aparato que se coloca delante de los ojos para ver a distancia.

<sup>44</sup> caviloso: pensativo.

<sup>45</sup> turbarse: avergonzarse.

cuando cree que nadie la ve, te mira incluso con los gemelos<sup>43</sup>. Yo la observo simplemente por curiosidad.

-Pero, ¿tú no eres su amiga íntima?

-Su amiga sí. ¿Íntima? Ella no tiene más intimidades que las de dentro de su cabeza. Tiene ese defectillo; es muy cavilosa<sup>44</sup> y todo se lo guarda. Por ella no sabré nunca nada.

Un momento de silencio.

-A no ser que ahora se lo cuente todo al Magistral... Ya sabrás que le ha tomado de confesor.

-Sí, eso dicen.

Desde el balcón, vieron pasar a la Regenta y a su criada, Petra. Mesía pudo ver el rostro de la Regenta, que sonreía y saludaba. Nunca la había visto tan hermosa.

-¿Has confesado? -preguntó Visita a Ana.

-Sí, ahora mismo.

-¿Con el Magistral?

-Sí, con él.

-¿Qué tal? Excelente, ¿verdad? ¿Qué te decía yo? ¿No subes?

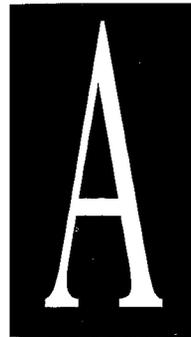
-No, ahora no puedo.

Saludó con graciosa sonrisa y siguió adelante. Esta vez no se turbaron<sup>45</sup> sus ojos al cruzarse con los de Mesía.

Todos callaban en el balcón mientras la Regenta se alejaba y desaparecía por la calle desierta.

-¡Cómetela...! -gritó Visita al oído de don Álvaro. Y añadió muy seria: ¡Cuidado con el Magistral...!

## Capítulo IX



Al llegar al portal del palacio de los Ozores, Ana se detuvo y propuso a Petra que fueran a dar un paseo las dos solas por los prados. Petra, acostumbrada a la habitual frialdad de su señora, la miró asombrada.

Tenía la doncella algo más de veinticinco años; era rubia, muy blanca, de facciones<sup>46</sup> correctas. Se aburría en casa de Quintanar, donde no había aventuras. Don Víctor era un viejo tal vez amigo de los amores fáciles, pero nunca había pasado su atrevimiento de alguna mirada insistente o algún piropo<sup>47</sup>. El ama era muy callada, muy cavilosa. Petra estaba convencida de que su señora se aburría.

Llegaron a la fuente de Mari-Pepa. Ana se sentó a la sombra de un castaño y se puso a recordar todo lo que le había dicho el Magistral durante la confesión: al confesor había que considerarle como hermano mayor del alma, comunicarle las penas, los deseos, las esperanzas, las dudas... Aquella conformidad de la fe y la razón encan-

<sup>46</sup> *faciones*: partes de la cara.

<sup>47</sup> *piropo*: palabra usada para alabar los atractivos de alguien.

<sup>48</sup> halagar: agrandar, complacer.

<sup>49</sup> ilustrado: aquí, culto.

taba a la Regenta. Además, le había halagado<sup>48</sup> mucho el notar que don Fermín le hablaba como a persona ilustrada<sup>49</sup>: le había citado autores, dando por supuesto que los conocía, y había usado palabras técnicas sin explicárselas.

<sup>50</sup> escrúpulo: aquí, remordimiento, inquietud.

<sup>51</sup> absolución: perdón.

<sup>52</sup> inclinación: aquí, atracción.

“¿Qué era la virtud?”. Aquello había sido lo mejor. “La virtud era la belleza del alma, la cosa más fácil para los espíritus nobles y limpios, el equilibrio estable del alma.” ¡Y cuántas más lecciones le había prometido el Magistral para otro día! ¡Cuántas cosas nuevas iba a saber y a sentir! De la cuestión personal, es decir, de los pecados de Ana, se había hablado poco. Al recordar esto sintió la Regenta escrúpulos<sup>50</sup>. Le había dado la absolución<sup>51</sup> y ella no había dicho nada de su inclinación<sup>52</sup> a don Álvaro.

<sup>53</sup> garbo: elegancia, gracia.

<sup>54</sup> vetustenses: de Vetusta.

“¡Qué feliz sería aquel Magistral en medio de tanta virtud! Así tenía él aquella sonrisa eterna y se paseaba con tanto garbo<sup>53</sup> por el Espolón entre espíritus pequeños y... vetustenses<sup>54</sup>. ¡Y qué color de salud!”.

\*\*\*

Ana se estremeció de frío. Volvió a la realidad. Llamó a Petra, pero no estaba. Llegó al rato, sudando y muy cansada. Como había visto a la señora tan ensimismada<sup>55</sup>, se había acercado al molino de su primo Antonio, que estaba enamorado de Petra; el ama lo sabía.

-Vamos, vamos, que es tarde.

Cuando llegaban a las primeras casas de Vetusta, oscurecía. Se encontraron con don Álvaro y Paco, que las acompañaron a casa. Don Álvaro iba al lado de Ana. Paco iba detrás con Petra.

<sup>55</sup> ensimismado: concentrado, abstraído.

-Debe de aburrirse usted mucho en Vetusta, Ana -decía don Álvaro.

-Sí, a veces me aburro. ¡Llueve tanto!

-Y aunque no llueva. Usted no va a ninguna parte.

-Será que usted no se fija en mí; bastante salgo.

-Señora, usted dondequiera que esté tiene que llamar la atención, aun del más distraído.

Habían llegado al caserón de los Ozores y se detuvieron.

-¿Quieren ustedes subir a descansar? -preguntó Ana a los caballeros.

-No, gracias. Yo volveré luego con mamá a buscarte. Hoy vas al teatro con nosotros. Hay estreno<sup>56</sup>: *La vida es sueño*, de don Pedro Calderón de la Barca, el ídolo de tu marido. Tienes que venir.

-Pero si mañana tengo que comulgar.

-Lo dejas para otro día. En fin, ya arreglarás eso con mamá; porque ella viene a buscarte.

Don Álvaro se despidió con una voz temblona y muy humilde.

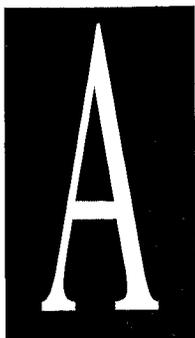
-¿Irá usted al teatro?

-No, de fijo<sup>57</sup> no -contestó la Regenta, cerrando detrás de sí la puerta y entrando en el patio.

<sup>56</sup> estreno: primer uso de algo aquí, primera representación.

<sup>57</sup> de fijo: seguro.

## Capítulo X



na bajó a la huerta. Se moría de hastío<sup>58</sup>. Tenía veintisiete años, la juventud huía... Y no había gozado una sola vez esas delicias del amor de que hablan todos. Don Víctor no era pesado, eso es verdad. Se había hecho querer como un padre; no podía ella acostarse sin un beso de su marido en la frente. Pero llegaba la primavera y ella misma le buscaba los besos en la boca; le remordía la conciencia de no quererle como marido, de no desear sus caricias; y además tenía miedo a los sentidos excitados en vano. Sentía en las entrañas<sup>59</sup> gritos de protesta, que reclamaban derechos de la carne, de la hermosura.

Así estuvo mucho tiempo, abstraída en su dolor, con la cabeza apoyada en la puerta de hierro, cuando de repente vio pasar un bulto por la calle solitaria. La Regenta conoció a don Álvaro, aunque la aparición fue momentánea, y retrocedió asustada.

<sup>58</sup> *hastío*: aburrimiento extremo.

<sup>59</sup> *entrañas*: aquí, interior del cuerpo.

Era don Álvaro, en efecto. La llamó, pero Ana había huido. Tuvo miedo de la tentación y corrió a esconderse en su alcoba<sup>60</sup>.

<sup>60</sup> *alcoba*: dormitorio.

\*\*\*

<sup>61</sup> *arrojarse*: echarse.

Don Víctor volvió del teatro. Ana se le arrojó<sup>61</sup> a los brazos y lloró abundantemente.

-Pero hija, ¿qué te pasa? Tú estás mala.

-No, Víctor, no. ¿No sabes que soy nerviosa? Necesito quererte mucho y acariciarte... y que tú me quieras también así.

-Yo te quiero infinito, ya lo sabes; pero tú estás mala, por eso te pones así; sí, hija mía. Hemos hablado de eso en el teatro, la marquesa, don Robustiano y yo. El doctor opina que la vida que llevas no es sana, que necesitas distracciones y paseos. La marquesa dice que eres demasiado buena, que necesitas un poco de aire libre, y yo opino lo mismo, y estoy decidido a que termine la vida de aislamiento. Frágilis también me lo repite sin cesar: "Anita no es feliz."

-Son los nervios, Quintanar.

-Nada; que condeno esta vida que haces, y desde mañana mismo, otra nueva. Iremos a todas partes, y hasta soy capaz de mandarle a Paco, o al mismísimo Mesía, que te enamoren...

<sup>62</sup> *atrocidad*: barbaridad.

-¡Qué atrocidad<sup>62</sup>...!

-¡Programa! -gritó don Víctor-: al teatro dos veces a la semana por lo menos; a la tertulia de la marquesa cada

<sup>63</sup> *predicar*: decir el sermón, hablar para los fieles en misa.

cinco o seis días; al Espolón todas las tardes que haga bueno; a las reuniones de confianza del Casino en cuanto se inauguren este año; y a la catedral cuando predique<sup>63</sup> don Fermín... ¡Ah! y en el verano, a Palomares, a bañarse y a tomar el aire del mar. No quiero más nervios.

Ana tembló, como sintiendo escalofríos.

-¿Ves? tiembblas. A la cama, a la cama, ángel mío. Todos a la cama.

Don Víctor bostezó y salió de la alcoba de su mujer después de haberle dado un beso en la frente.

## Capítulo XI



El Magistral era gran madrugador. Dormía muy poco. Su doble misión de provisor y sabio de la catedral le imponía muchísimo trabajo; además, era un clérigo de mundo: recibía y devolvía muchas visitas. Por la mañana estudiaba filosofía y teología, leía las revistas científicas de los jesuitas y escribía sus sermones y otros trabajos literarios. Para estudiar en su casa, vestía ropa vieja, que contrastaba con la elegancia y riqueza que ante el mundo lucía el Magistral.

Precisamente, uno de los argumentos que empleaban los que defendían la honradez del Provisor consistía en recordar la modestia de su ajuar<sup>64</sup> y de su vida doméstica.

-Entre su madre y él puede que no gasten doce mil reales al año -decía muy serio Ripamilán-. En vestir gastan muy poco, pues aunque él viste bien, con elegancia, hasta con lujo, conserva mucho tiempo la ropa porque la cuida muy bien. Y en comer, ¿qué gastan? Jamás se ha visto a la criada del Provisor comprar salmón; y besugo<sup>65</sup>,

<sup>64</sup> *ajuar*: muebles, ropa y cosas de la casa.

<sup>65</sup> *salmón y besugo*: pescados que suelen costar caros.

sólo cuando está barato, muy barato. ¿Y la casa? La casa es una cabaña limpia, es la casa de un verdadero sacerdote de Jesús. El Magistral es pobre, y todo cuanto se murmura sobre él es falso.

<sup>66</sup> *fincas*: terreno de gran extensión.

<sup>67</sup> *aldea*: pueblo de pocos habitantes.

<sup>68</sup> *bazar*: tienda donde se venden objetos variados.

-Todo eso es verdad -contestó Foja-. No se puede negar que viven como miserables. Ya se sabe que los avaros son los más ricos. ¿Y las casas que compra el Magistral? ¿Y las fincas<sup>66</sup> de doña Paula? ¿Y las acciones en el Banco? ¿Y el dinero que reparte por las aldeas<sup>67</sup> al treinta por ciento? Es cierto lo que dice el mundo entero: el Magistral es comerciante; además, es el dueño de La Cruz Roja, el bazar<sup>68</sup> de artículos de iglesia, donde todos los curas de todas las iglesias tienen que comprar lo que necesitan y lo que no necesitan...

Conversaciones de este género las había a diario en Vestusta; en el paseo, en las calles, en el Casino, hasta en la sacristía de la catedral. De Pas sabía todo lo que se murmuraba. Tenía varios espías.

\*\*\*

Aquella mañana, el Magistral no podía concentrarse para escribir el sermón. Recordaba minuto por minuto aquella hora -y algo más- de la confesión de la Regenta.

La duración de la confesión dio que hablar dentro y fuera de la catedral. En efecto, había sido mucho tiempo. El Magistral no lo había sentido pasar. Doña Ana tampoco. La historia de ella había durado mucho. ¡Y habían hablado de tantas cosas!

Aquello era algo nuevo para el espíritu del Magistral, cansado de vivir nada más que para la ambición suya y la de su madre. Necesitaba su alma alguna dulzura que

compensara tanta dureza... "¿Todo había de ser disimular, aborrecer, dominar, conquistar, engañar?"

El Magistral dio un puñetazo sobre la mesa. En seguida entró en su despacho Teresina, la doncella de doña Paula, una joven de veinte años, alta, pálida, delgada, pero de formas hermosas. Teresina dormía cerca del despacho y de la alcoba del Magistral, como lo exigía doña Paula. Así, si su hijo llamaba, Teresina podía avisar a la madre, que dormía en el segundo piso, para que bajara.

Don Fermín se tomó el café que le había hecho Teresina y se levantó para dar algunos paseos por el despacho. Quería distraerse, sacudir aquellos pensamientos inoportunos que le impedían adelantar en su trabajo. Pensaba lo mismo que la Regenta: que había encontrado un alma hermana.

\*\*\*

Teresina le anunció la llegada de Petra, que venía a traerle una carta de parte de su señora la Regenta. La madre del Magistral insistió en que éste leyera la carta en voz alta:

<sup>69</sup> *reconciliar*: aquí, completar una confesión anterior.

<sup>70</sup> *q.b.s.m.*: que besa su mano.

"Mi querido amigo: hoy no he podido ir a comulgar; necesito verle antes, necesito reconciliar<sup>69</sup>. Creo que se trata de una cosa seria. Si usted fuera tan amable que consintiera en oírme esta tarde un momento, mucho se lo agradecería su hija espiritual y afectísimas amigas q.b.s.m.<sup>70</sup> ANA OZORES DE QUINTANAR."

-¿Te parece bien ese modo de escribir al confesor? ¿No dices que la Regenta es tan discreta?

-Es que no sabe de estas cosas todavía... Me escribe como a un amigo cualquiera.

-Por lo visto, esa señora cree que mi hijo no tiene más que hacer que verla a ella.

-Madre, es usted injusta.

-En la tertulia de doña Visitación se ha criticado la duración de la confesión con la Regenta.

-Pero ¿qué han visto? ¿Qué pueden decir esos miserables? ¿Cómo se habla de esas cosas en una tertulia de señoras? ¿Cómo entiende esta gente el respeto a las cosas sagradas?

-Envidia, pura envidia. Fermo<sup>71</sup>, tú eres demasiado bueno; el mundo está perdido: por eso todos piensan mal y por eso hay que aparentar más virtud de la que se tiene, aunque se sea un ángel. ¿No sabes que de nosotros dicen mil perre-rías<sup>72</sup>? si empezamos desnudos y ahora somos los primeros accionistas del banco; si a ti te pagan esto y lo otro; si con el Obispo hacemos lo que queremos; si robamos; si...

-¡Basta, madre, basta, por Dios!

-Y tus amoríos, tus abusos de consejero espiritual...

-Yo desprecio la calumnia, madre. Yo los piso a todos. Soy el más fuerte.

-Sí, hasta ahora. Pero ten cuidado. Don Fortunato parece un borrego<sup>73</sup> más que un Obispo. Pero el día que lo hagan ver tus escándalos... Ese día estamos perdidos.

-Madre..., está usted exaltada<sup>74</sup>. Ve usted visiones...

-No quiero más cartitas; no quiero conferencias en la catedral; que vaya al sermón la señora Regenta si quiere

<sup>71</sup> *Fermo*: abreviatura familiar de Fermín.

<sup>72</sup> *perre-ría*: aquí, insulto, ofensa.

<sup>73</sup> *borrego*: aquí, persona débil que se deja gobernar.

<sup>74</sup> *exaltarse*: alterarse, excitarse.

buenos consejos; allí hablas para todos los cristianos; que vaya a oírte al sermón y que me deje en paz.

Doña Paula temía que la Regenta pudiera conquistar a su hijo. "¡La Regenta, la Regenta!, dicen que es una señora incapaz de pecar, ¿quién lo sabe?". Le habían dicho que don Álvaro quería enamorar a la Regenta. Doña Paula consideraba a don Álvaro enemigo de su hijo, porque podía disputarle el dominio de Vetusta: era también buen mozo, listo, hombre de mundo y, además, tenía influencia sobre las mujeres.

Don Fermín se despidió de su madre, que le había puesto de mal humor. Aunque reconocía que a ella se lo debía todo, ahora sentía una rebelión en el alma. Era una injusticia aquella sospecha de su madre. En la virtud de la Regenta creía toda Vetusta, y en efecto era un ángel. ¡Oh!, si la Regenta supiese quién era él, no le confiaría los secretos de su corazón. Si él hubiera sido un hombre honrado, le hubiera dicho: "¡Calle usted, señora! Yo soy un ambicioso, un avaro, yo guardo riquezas mal adquiridas; yo comercio con la Religión; yo soy un miserable, señora; yo no soy digno de ser su confidente, su director espiritual. Aquella elocuencia<sup>75</sup> de ayer era falsa, no me salía del alma; yo soy lo que dice el mundo, lo que dicen mis detractores<sup>76</sup>." Y recordó que su madre, con su ambición, era quien le empujaba a todos aquellos pecados vergonzosos, inconfesables.

<sup>75</sup> *elocuencia*: facilidad de palabra.

<sup>76</sup> *detractor*: persona que habla mal de alguien.

## Capítulo XII

A

Al entrar a casa de los Marqueses de Vegallana, don Fermín fingió no ver a la Regenta y a don Álvaro, que hablaban en la ventana del comedor, y siguió hasta el salón. Quintanar se alegró de que don Fermín se quedara a comer en casa de los Marqueses:

-Así se le quitará a mi mujer la idea de ir a reconciliar esta tarde. Quiero que se acostumbre a ver a su nuevo confesor de cerca, que se convenza de que es un hombre como los otros.

En su conversación con Ana, don Álvaro no dijo nada del encuentro de la noche anterior en el parque; pero habló con más confianza, naturalidad y sencillez.

Al entrar la Regenta en el salón, De Pas se inclinó saludando sin gran confianza. Detrás de Ana apareció Mesía, que estrechó la mano que le alargaba el Magistral. Ana los vio juntos, los dos altos, los dos esbeltos y elegantes, cada cual en su género.

Don Fermín no quería bien a don Álvaro porque consideraba peligrosa su influencia en Vetusta, y porque no estimaba a la iglesia, pero no sospechaba que hubiera nada entre él y la Regenta. Y a don Álvaro hacía mucho tiempo que le molestaba la influencia del Magistral en Vetusta, especialmente sobre el sexo débil y devoto. Y ahora temía que pretendiera conquistar a la Regenta.

-¿De modo que esta tarde ya no puede ser? -decía Ana con voz suave y temblorosa.

-No, señora -respondió el Magistral. Lo principal es cumplir la voluntad de don Víctor. Esta tarde alegría, al campo, al Vivero<sup>77</sup>. Mañana temprano.

Después de comer, tomaron café en el cenador<sup>78</sup> y suplicaron al Magistral que los acompañara al Vivero, pero éste pretextó<sup>79</sup> que tenía muchas cosas que hacer.

-Ya están los coches -gritó la Marquesa, desde lejos; y corrieron todos al patio. Al Magistral se le hizo un poco de sitio entre Ripamilán y Anita. Le llevarían hasta el Espolón.

-Don Fermín -le dijo la Regenta cuando ya estaban cerca del Espolón-, ¿por qué no viene usted con nosotros? Creo que volveremos hoy más pronto. ¡Venga usted..., venga usted!

De Pas sentía unas dulcísimas cosquillas por todo el cuerpo al oír a la Regenta. La decisión del Magistral estuvo a punto de romperse, pero le pareció indigno de él mostrar tan poca voluntad. No, no iría. ¿Qué dirían en Vetusta?

Don Fermín se bajó a la entrada del Espolón. Sus ojos siguieron mientras pudieron el coche. La Regenta le sonreía de lejos, saludándole tímidamente.

<sup>77</sup> Vivero: aquí, finca con campo de los Marqueses de Vegallana.

<sup>78</sup> cenador: espacio cubierto como jardín.

<sup>79</sup> pretextar: poner como excusa.

## Capítulo XIII



Los que vieron bajarse al Magistral de la carretela<sup>80</sup> de los Vegallana calificaron a don Fermín de insensato y atrevido. ¿Qué le importaba a él? Lo que ahora lamentaba era no haber seguido hasta el Vivero. Le estaba dando vergüenza en aquel momento llevar sotana. “¿Qué le pasaría? Amor no era; eso era cosa de novelistas y poetas. ¿Estaría malo? ¿Serían los nervios?”. No sabía adónde ir.

“¡Mi madre!”-pensó. No se había acordado de ella en toda la tarde. ¡Había comido fuera de casa sin avisar! Pero, ¿no era ridículo decirle a la Marquesa: Señora, necesito que mi madre sepa que hoy no como con ella? Aquella esclavitud en que vivía no le humillaba<sup>81</sup>, pero no convenía que la conociese el mundo. No se atrevía a ir a su casa y se dirigió a la del Obispo.

-¿Por qué no has avisado a tu madre de que comías fuera? -dijo el Obispo.

-Pero ¿usted sabe...?

-Ya lo creo, hijo mío. Dos veces estuvo aquí Teresina de parte de Paula; que dónde estaba el señorito, que si había comido aquí. Y a la media hora otra vez. Que si le había pasado algo al señorito, que la señora estaba asustada, que yo debía saber algo...

-¡Mi madre me trata como a un niño!

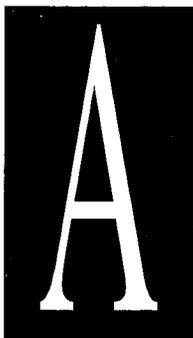
-Te quiere tanto la pobrecita...

-Pero esto es demasiado... ¡Hasta mañana!

-Tiene razón el muchacho -pensó el Obispo-. Esta Paula nos gobierna a todos.

Don Fermín se decidió de repente a volver al Espolón. Ya era tarde. Quería ver volver a los del Vivero sin que le vieran a él, a la sombra de un farol del paseo. El tiempo se le hacía interminable, hasta que por fin la carretela pasó junto al Magistral. ¡No venía la Regenta en el coche abierto! ¡Venía con los otros! Por tanto, don Álvaro y ella venían juntos. “¡Qué indecencia!” -pensó. Se acordó de su cita con la Regenta. “Si ella es como todas, mañana lo sabré. ¡Loco, estoy loco! ¡Si me viera mi madre...!”.

## Capítulo XIV



Al llegar don Fermín a su casa, se sentó en el sofá, dejó el sombrero a un lado y se limpió la frente con el pañuelo. Miró a doña Paula.

-¿Le duele la cabeza, madre?

-Me ha dolido. ¡Teresina, la cena!

Teresina, con la mirada en el suelo, entró con el primer plato.

-¿No te sientas? -preguntó al Provisor su madre.

-No tengo apetito..., pero tengo mucha sed.

-¿Estás malo?

-No, señora, eso no...

El Magistral se sentó enfrente de doña Paula, que se sirvió en silencio. De Pas hubiera preferido una discusión inmediatamente. Todo, antes que el silencio.

Cuando salió Teresina, doña Paula dijo, mientras miraba hacia la puerta:

<sup>81</sup> *muerta*: aquí, muy cansada.

-Está muerta<sup>82</sup> la pobre.

-¿Por qué? -preguntó don Fermín.

-Porque ha estado toda la tarde buscándote por todas partes.

-Mal hecho, madre. Yo no soy un chiquillo para que se me busque de casa en casa.

-Ella no tiene la culpa; hace lo que le mandan. Si está mal hecho, riñeme a mí.

-Un hijo no riñe a su madre.

<sup>82</sup> *comprometer*: aquí, poner en un apuro; arriesgar.  
<sup>83</sup> *posición*: aquí, categoría social.

-Pero la mata a disgustos, la compromete<sup>83</sup>..., compromete la casa, la fortuna, la honra, la posición<sup>84</sup>..., todo..., por una ..., por una... ¿Dónde ha comido usted?

<sup>84</sup> *El Chato*: espía de doña Paula.

Era inútil mentir. Su madre lo sabía todo, de fijo. El Chato<sup>85</sup> se lo habría contado, el Chato que le habría visto aparecer de la carretela en el Espolón.

-He comido con los marqueses de Vegallana. Era el santo de Paco; insistieron..., no hubo remedio; y no mandé aviso porque era ridículo...

-¿Quién comió allí?

-Cincuenta, ¡qué sé yo!

-¡Basta, Fermo, basta de disimulos! Has ido allí a buscar a esa... señora... Has comido a su lado..., has paseado con ella en coche descubierto; te ha visto toda Vetusta, te has apeado en el Espolón. Parece que necesitas el escándalo; quieres perderme.

-¡Madre, por Dios! Tranquilícese usted. Pero ¿qué pasa?... Todo es calumnia... ¡Sí no hay nada!

<sup>86</sup> *rondar*: pasear por los alrededores de un lugar.

-¿Qué has hecho hasta las diez de la noche? Rondar<sup>86</sup> la casa de esa...

-¡Por Dios, señora! Está usted insultando a una mujer honrada y virtuosa, a una santa.

-Es una como las otras. Y, sobre todo, lo que yo temo es que Camoirán crea todo eso que ya dicen. Conocen al Obispo, saben que sólo por ahí pueden atacarte. Fermo, ¿te fue bien toda la vida dejándote guiar por tu madre? ¿Te fue bien?

-¡Sí, madre mía, sí!

-¿Te saqué yo o no de la pobreza?

-¡Sí, madre del alma!

-¿No nos dejó tu pobre padre muertos de hambre y con todo perdido?

-Sí, señora, sí. Y eternamente yo...

-Yo no quiero palabras, quiero que sigas creyéndome a mí. Yo sé lo que hago.

Los recuerdos evocados por doña Paula habían emocionado a Fermo. Doña Paula no se emocionaba, tenía esa ventaja. Quería a su hijo a su manera. Era el suyo un cariño tirano. Fermo, además de su hijo, era su capital, una fábrica de dinero. Ella le había hecho hombre, es decir, cura; ella le había hecho niño mimado<sup>87</sup> de un Obispo, ella le había ayudado a llegar tan alto, ¡y él era un ingrato! A esta conclusión llegaba el Magistral aquella noche.

<sup>87</sup> *mimar*: tratar a alguien con especial cariño y cuidado.

V. O. n.º 6 en pág. 97

## Capítulo XV



El programa de distracciones y placeres formado entre Quintanar y Visitación había empezado a cansar a Ana a los pocos días. Las excursiones al Vivero se habían repetido con frecuencia durante todo octubre, pero a Ana no le gustaban los juegos locos de los otros.

-Eso es hacer la tonta, la literata, la mujer superior... -decía Visita.

Don Álvaro pensaba que Ana le comparaba con los árboles y le encontraba pequeño. Lo que no sabía don Álvaro era que la Regenta soñaba casi todas las noches con él.

Ana nunca había hablado de ello con don Fermín, hasta que una mañana le dio a entender que soñaba con un hombre. Al Magistral le agradaba pensar que tal vez soñara con él.

Una tarde, Ana vio aparecer a don Álvaro montado en un magnífico caballo blanco. Saludó Mesía de lejos y

llegó hasta debajo del balcón de la Regenta. Hablaron del caballo, de lo inhabitable que era Vetusta. En todo estaban de acuerdo. "Si ese hombre no viniese a caballo, y pudiera subir, y se arrojara a mis pies, en este instante me vencía". Pensaba Ana esto y casi lo decía con los ojos. Aunque no se había hablado de amor, ella notaba que a don Álvaro le estaba quemando la pasión, y Mesía comprendía lo que sentía Ana. "¡Lástima que me coja tan lejos, y a caballo, este momento crítico...!".

Gran satisfacción fue para don Víctor, que volvía del Casino, encontrar a su mujer conversando alegremente con el simpático don Álvaro, a quien Quintanar apreciaba mucho. Don Víctor habló de teatro y dijo que aquella noche representaban *Don Juan Tenorio*. Quintanar y don Álvaro insistieron mucho en que Ana fuese al teatro, y ella, mirando a Mesía, les prometió ir.

palco balcón en el teatro.

Cuando Ana Ozores se sentó en el palco<sup>88</sup> de los Vegallana, agradeció los rumores de admiración que causaba su presencia, y no vio en ellos, como otras veces, curiosidad estúpida, ni envidia ni malicia. Desde la aparición de don Álvaro en la plaza, Ana estaba de muy buen humor. Oía voces interiores de independencia, amor, alegría. Estaba decidida a no pecar con su cuerpo, pero su alma lo amaría todo, soñaría como y con quien quisiera. Ana estaba entusiasmada con la obra de teatro.

Aquella noche no recordaba la Regenta haber soñado con don Álvaro, pero Petra le dijo que había soñado en voz alta y que decía nombres.

-¿Qué nombres? -preguntó Ana avergonzada.

-Llamaba la señora... al amo.

-¿Al amo...?

-Sí, sí, señora; decía: ¡Víctor! ¡Víctor!

Ana comprendió que Petra mentía. Ella casi siempre llamaba a su marido Quintanar.

Acercándose a la cama y bajando la voz, Petra le dijo que Teresina le había traído una carta. En la carta, el Magistral le decía que la esperaba esa tarde en la capilla para confesar. "¡Imposible! No estoy preparada. Con esta revolución del alma... ¡Imposible!". Ana escribió una carta al Magistral engañándole, diciéndole que tenía jaqueca<sup>89</sup>. Luego estuvo todo el día intranquila, descontenta de sí misma. Además de no haberse acordado ni una vez del Magistral desde la tarde anterior, ahora le engañaba. "¡Aquello no era digno de ella! Para don Víctor había que guardar el cuerpo, pero al Magistral, ¿no había que reservarle el alma?".

<sup>89</sup> jaqueca: dolor de cabeza.

## Capítulo XVI



<sup>90</sup> arranque: impulso.

Al oscurecer de aquel mismo día, Petra anunció a la Regenta la visita del señor Magistral. Ana se avergonzó cuando le preguntó por la jaqueca. Como él sospechaba, le había engañado su dulce amiga.

Ana esperaba que don Fermín le explicara el motivo de su extraordinaria visita. Pero el motivo... no podía explicarse. Había sido un arranque<sup>90</sup> de mal humor, al enterarse, por el Chato, de que Ana había estado en el teatro la noche anterior.

-A usted no sólo le está permitido ir a los espectáculos, sino que le conviene; necesita usted distracciones; pero ayer, día de Todos los Santos, era día prohibido.

-Yo no me acordaba... Ni creía que...

-Se ha murmurado, se ha dicho que las hijas de confesión del Magistral asisten al *Don Juan Tenorio* en vez de rezar por los difuntos.

-¿De modo... que he sido imprudente..., que le he puesto en ridículo?

-Usted no ha sido imprudente, ha sido inocente. No ha pensado en las lenguas ociosas. Para hablar de un punto más importante, referido a la curación de su espíritu, creo... que sería mejor que algunas veces habláramos de nuestras cosas fuera de la iglesia. En la iglesia hay algo que impone reserva, siempre tenemos prisa, y yo... no puedo prescindir de mi carácter de juez. Usted tampoco habla allí con libertad y expansión. Además, hablando fuera de la catedral, no es preciso que usted vaya a confesar muy a menudo, y nadie podrá decir si frecuenta o no frecuenta el sacramento demasiado.

Ana estaba de acuerdo.

Hablaron también de lo que Ana había sentido viendo la obra de teatro.

-No es bueno, amiga mía, que al ver a un libertino en la celda<sup>91</sup> de una monja<sup>92</sup> y en sus brazos, usted se dedique a pensar en Dios. Necesita usted objetos que le sugieran la idea santa de Dios, ocupaciones religiosas.

El Magistral expuso a la Regenta el plan de vida devota a que había de entregarse desde el día siguiente. Le recomendó que leyera la vida de algunos santos y las obras de Santa Teresa.

Antes de irse, el Magistral se acercó a la Regenta y le dijo en voz baja:

-Se me había olvidado decirle que... el lugar más adecuado para vernos... es en casa de doña Petronila. Ya hablaremos.

<sup>91</sup> *celda*: aquí, dormitorio de un convento.

<sup>92</sup> *monja*: religiosa perteneciente a una orden eclesiástica femenina.

## Capítulo XVII



La lluvia retrasó el cumplimiento de aquel plan de higiene moral impuesto suavemente por don Fermín a su querida amiga. Ana aborrecía el barro y la humedad, y apenas salía del sombrío caserón de los Ozores. Sin saber por qué, sentía una vaga repugnancia cuando pensaba en ir a casa de doña Petronila; le parecía mejor ver al Magistral en la iglesia.

El Magistral no estaba satisfecho al ver que la Regenta no cumplía el plan de que habían hablado, simplemente porque le molestaba la lluvia y el madrugar.

Pasaron ocho días, y Anita, después de confesar, fue con el Magistral a casa de doña Petronila y le pidió disculpas<sup>93</sup>.

-Necesito curarme; a veces temo volverme loca... Necesito que usted me guíe. Vendré a esta casa, imitaré a estas señoras, me ocuparé con la tarea que ellas me impongan...

<sup>93</sup> *pedir disculpas*: pedir perdón.

-Jamás podré pagarle esta hermosa decisión de esta tarde.

Callaron y se miraron. Don Fermín, sin contenerse, cogió una mano de la Regenta y la oprimió entre las suyas. Ana sintió fuego en la cara, pero le pareció absurdo alarmarse.

## Capítulo XVIII



*Altonia*: bajeza.

legó la primavera y Anita enfermó de nuevo. Eran los nervios, el buen tiempo..., nada grave, según el médico. Ana repasaba mentalmente sus pecados. Recordó las miradas de amor que se intercambiaban Álvaro y ella el día de San Blas. Desde aquella tarde, Mesía se propuso estar al lado de Ana la mayor cantidad de tiempo posible. Era una villanía<sup>94</sup>, pero recurrió a la amistad de don Víctor. Iba a todas partes con él. Poco a poco, don Álvaro fue atreviéndose a ir a casa de Ana a cualquier hora, y Ana, sin sentirlo, se lo encontró a su lado como un objeto familiar.

Pasaron días, y Ana estaba cada vez más tranquila: don Álvaro la admiraba, la amaba en silencio. El placer que ella sentía era el más intenso de su vida. Ella tenía la conciencia tranquila, puesto que ni ella buscaba a Mesía ni le decía a su marido que lo hiciera. "Y al Magistral no se le decía nada de eso. ¿Para qué? No había pecado. Había ocasión, pero no se buscaba."

La Regenta prefería los pasatiempos, aunque vulgares, que le proponía Visita, a su estéril y triste soledad. Hasta que el Magistral le dijo en el confesonario que se perdía, que él la había visto tirar la historia de Santa Juana Francisca. Ella comprendió que estaba siendo ingrata, no sólo con Dios, sino con su apóstol. Desde aquella tarde, Ana empezó la vida de devota práctica. Pero ser beata le repugnaba.

-¡Oh, no, no! -pensaba-, yo no puedo seguir así. ¡Salvarme o perderme!, pero no esta vida de idiota... ¡Cualquier cosa... menos ser como todas éstas...!

Y a los pocos días cayó enferma.

Cuando se encontró mejor, Ana tomó la firme decisión de ser una buena sierva de Dios.

## Capítulo XIX



Alguno cuando exceso  
de una persona o

na leyó en su cama, a escondidas de don Víctor, los cuarenta capítulos de la *Vida de Santa Teresa*.

Cuando don Fermín fue a ver a la Regenta, ésta le habló de Santa Teresa con entusiasmo de idólatra<sup>95</sup>. Don Fermín tenía celos de la santa de Ávila y quería atraer a Ana a la vida activa.

A Quintanar le preocupaba el estado de su mujer.

Los Vegallana y sus amigos estaban asustados. El marqués creía en la santidad de Anita. Visita estaba furiosa. "¡Sus planes por tierra! ¡Ana resistía!".

Entretanto, Ana recobraba el apetito y la salud. Despertaba sonriendo a la luz. Su pensamiento primero era para el Señor:

Anita recibía las pocas visitas que don Álvaro se atrevía a hacer, tranquila, sin alterarse en su presencia. Pero,

contra su voluntad, a veces no podía apartarle de su pensamiento.

<sup>96</sup> *rival*: persona opuesta a otra por querer obtener lo mismo que ella.

<sup>97</sup> *infame*: indigno, despreciable.

-“Jesús, Jesús, tú no puedes tener un rival<sup>96</sup>. Sería infame<sup>97</sup>, sería asqueroso...”

Al día siguiente de la despedida de don Álvaro, Ana despertó pensando en él. “Ya no estaba en Vetusta. Mejor. Así la tentación se alejaría.”

También Visita iba a ver a Ana.

-¿No sabes lo de Álvaro?

El pulso de Anita se alteró, según Visita.

-¿Qué le pasa? ¿Que se ha marchado ya? Ya lo sé.

-Sí, hija, sí, se ha marchado, pero verás cómo. Esta mañana lo ha visto medio Vetusta: al ir a tomar el tren de Madrid, se encontró con esa ministra, que es muy guapa por cierto; ella bajaba para Palomares y nuestro Álvaro, en vez de coger el tren que sube, el de Madrid, ha cogido con ella el que baja. El marido no venía, por supuesto.

Visita notó que Ana estaba celosa.

Ana tuvo miedo. Por primera vez, después de su enfermedad, sintió la rebelión en el alma.

-Tú vencerás, Dios mío, tú vencerás -exclamó en voz alta.

Desde el día siguiente, Ana se consagró a la piedad activa, a las obras de caridad, para tratar de alejar el recuerdo de Mesía.

Don Fermín y Ana se veían todos los días. Vetusta era de ellos. La soledad del verano parecía darles posesión del pueblo. Don Fermín hubiera deseado que la estación no pasara, que los ausentes se quedaran donde estaban. Su madre había ido a Matalerejo a cobrar rentas<sup>98</sup> y recoger intereses de mucho dinero repartido por aquellas montañas. Teresina era el ama de casa y la alegraba con sus cantares y sonrisas. Amo y criada estaban contentos. Cada cual hacía lo que quería. Además, ya no se murmuraba tanto del Magistral: muchos de sus enemigos veraneaban; a los que quedaban les faltaba auditorio... En fin, parecía aquello una suspensión de contrariedades.

<sup>98</sup> *rentas*: beneficios; aquí, dinero que producen las fincas de dona Paula.

## Capítulo XX

P

or poco tiempo consiguieron verse solos Ana y don Fermín en casa de doña Petronila.

-¿Qué pasa? ¿Qué debo temer?... Ayer ese hombre estaba borracho... Él y otros pasaron delante de mi casa... a las tres de la madrugada... Gritaban: "¡Álvaro! ¡Álvaro!, aquí vive tu rival." Eso decían: tu rival... ¡La calumnia ha llegado hasta ahí...! Les pesa nuestra amistad, y quieren separarnos...

-Hablan de mi honra, ¡miserables!, ¡que hablen! El mundo entero le persigue, le calumnia, y yo aborrezco al mundo entero y me arrojo a sus pies a contarle mis secretos más hondos.

-¡Silencio, Anita, que vuelve esa señora!

El Magistral se acercó a Ana, le oprimió las manos y dijo con pasión:

-¡Ana, Ana...! Sin falta esta tarde... Y ahora a la catedral... junto al altar de la Concepción...

## Capítulo XXI

D

on Víctor insistió en que la Regenta fuera al baile del Casino y ella, con el permiso de su confesor, fue.

Al llegar los de Quintanar al Casino, las conversaciones se suspendieron, las miradas se dirigieron a Ana. Hubo un rumor de asombro:

-¡La Regenta!

-¡Pobre Magistral!

-¡Qué sencilla, qué hermosa!

Ana se sentó al lado de la Marquesa de Vegallana, única persona del corro que le era simpática. Se levantó por primera vez a las dos de la mañana y dio una vuelta por el salón con Visita. Ana disimulaba mal la impresión viva y profunda que le causaron las palabras de su amiga: "¡Don Álvaro había sido el amante de la ministra durante todo el verano en Palomares, y después se había burlado de ella, no había querido seguirla a Madrid!".

Durante la cena, Ana se encontró sentada entre la Marquesa y don Álvaro. Mesía le estaba contando a Ana la misma historia que ella había oído ya a Visita, aunque en forma muy distinta: le dio a entender que había despreciado la pasión de una mujer deseada por muchos porque estaba enamorado de otra mujer. El rostro de Ana, al decir Mesía aquello, le dejó ver que el Magistral no era el dueño de su corazón.

Se oía a lo lejos la música del salón. Don Víctor gritó:

-Ana ¡a bailar! Álvaro, cójala usted...

Don Álvaro ofreció el brazo a la Regenta, que no encontró valor para negarse. Ana callaba, no veía, no oía, no hacía más que sentir un placer intenso, irresistible, que la asustaba; se dejaba llevar como cuerpo muerto. Don Álvaro pensaba: "¡Es mía!, ¡ese Magistral debe de ser un cobarde! Es mía... Este es el primer abrazo de que ha gozado esta pobre mujer". De pronto, don Álvaro notó que la cabeza de Ana caía sobre su pecho. Se había desmayado en sus brazos.

En cuanto Ana volvió en sí, pidiendo mil perdones por haber turbado la fiesta, don Víctor, de muy mal humor, ya sin miedo, se llevó a la Regenta a la cama.

"¡El humo!, ¡el calor, la falta de costumbre, las luces...! ¡Cualquier cosa!".

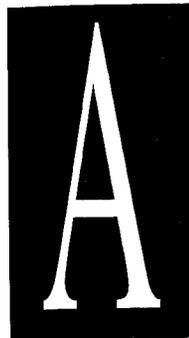
A las seis de la madrugada, al despedirse Paco de Mesía a la puerta del Casino, le dijo:

-¡Bravo! ¡Al fin! ¿Eh?

Mesía tardó en contestar:

-¡Ps...! Veremos.

## Capítulo XXII



El día siguiente, uno de los enemigos del Magistral contaba en la catedral, y delante de él, todo lo que había pasado en el baile. "La aristocracia se había encerrado en un gabinete de lectura, para cenar y bailar, y doña Ana Ozores se había desmayado en brazos del señor Mesía". Disimulando muy mal su dolor, salió De Pas de la sacristía. Decidió ir a casa de doña Petronila e hizo que avisaran a la Regenta.

-Ya lo sé todo; no necesito historias...

-¿Qué es todo?

-Lo de ayer..., lo de hoy... El baile, la cena, ¿qué es esto, Ana, qué es esto?

-¡Qué baile!, ¡qué cena! No es eso... Me emborracharon... qué sé yo... Pero no es eso... Es que tengo miedo... aquí, Fermín, aquí, en la cabeza. ¡Que tenga alguien lástima de mí! Yo no tengo madre... Yo estoy sola...

-A ver, a ver, ¿qué ha sido?

Ana contó lo que podía contar de sus angustias, de sus miedos...

-¡Salvame, quiero salvame! Quiero volver a nuestro hablar sin fin de Dios, del cielo. Fermín, esto es confesar. Aquí, sí, no importa el lugar...

-Eso quiero yo, Ana. Saber..., saberlo todo... Hay que decirlo todo, pronto.

-Pero, ¿qué es todo? Nada... Si me llevaron a la fuerza...

-Ese hombre, Mesía, ¿qué pasó con ese hombre?

-Yo no le amo.

-Pero anoche..., ¿qué hubo?

-Bailé con él... Fue Quintanar..., lo mandó Quintanar...

-¡Disculpas no, Ana! Eso no es confesar.

-Bailé con él porque quiso mi marido... Me hicieron beber..., me sentí mal, estaba mareada..., me desmayé... y me llevaron a casa.

-El desmayo fue... ¿en los brazos de ese hombre?

-¡En brazos!... ¡Fermín!

-Bien, bien. Así lo oí yo. Quiere decirse, bailando con él.

-Yo no recuerdo... Tal vez...

-¡Infame!

-Fermín... ¡por Dios, Fermín!

-Silencio... No hay que gritar. Yo no me como a nadie... Yo... ¿qué puedo? Yo... ¿qué mando? Mi poder es espiritual... Y usted esta noche no creía en Dios...

-¡En mi Dios! Fermín, caridad...

-Sí, usted lo ha dicho. Yo sin Dios no soy nada. Sin Dios puede usted ir adonde quiera, Anita, esto se acabó... Estoy en ridículo, Vetusta entera se ríe de mí a carcajadas... Mesía me desprecia, me escupirá en cuanto me vea... ¡Miserable...! ¡Me insulta porque estoy preso!...

Ana quedó inmóvil, sin fuerzas para hablar, mientras veía salir al Magistral. Sintió asco y vergüenza al darse cuenta de que la amaba un canónigo.

V. O. nº 10  
en pág. 90

Al llegar a su casa, Ana contempló en silencio a su marido. "Era su padre. Le quería como a su padre. Hasta se parecía un poco a don Carlos."

Ana pensó en la fe quebrantada. Pensó también en Mesía, el tentador. "Él era más noble. No había abusado de su amistad con don Víctor, no había insistido. ¡Pero los dos la amaban!". "Ni del uno ni del otro seré. Debo huir del Magistral, sí, pero más de don Álvaro. Su pasión es ilegítima también, aunque no repugnante y sacrílega como la del otro. ¡Huiré de los dos!".

## Capítulo XXIII



La misteriosa enfermedad de don Fermín le hizo adivinar a doña Paula que su hijo y la Regenta no se veían ya; habían reñido, por lo visto.

La mejoría de don Fermín empezó cuando Teresina le dio una carta que habían llevado de parte de la Regenta. Ana le decía que necesitaba verle y hablar con él, pedirle perdón. El Magistral corrió al caserón de los Ozores y estuvo allí más de hora y media.

El Viernes Santo, Ana salió, como había prometido al Magistral, y para que sus culpas fueran perdonadas, de nazareno<sup>99</sup> y descalza en la procesión del Entierro, junto al Provisor.

En Vetusta no se hablaba de otra cosa. El pueblo entero estaba pendiente de los pasos, de los movimientos, del traje de Ana, de su color, de sus gestos... ¡Y venía descalza! ¡Los pies blanquísimos, desnudos, admirados y compadecidos por la multitud inmensa!

Don Álvaro Mesía estaba en el balcón de la esquina del Casino. Detrás de él, temblando sin saber por qué, impaciente, casi con fiebre, Quintanar decía:

-Si yo tuviera aquí una bomba... se la arrojaba sin inconveniente al señor Magistral cuando pase triunfante por ahí debajo. ¡Secuestrador!

-Calma, don Víctor, calma; esto es el principio del fin. Estoy seguro de que Ana está muerta de vergüenza a estas horas.

Don Fermín celebraba su nuevo triunfo. "Él era el amo de todo aquello; él llevaba allí, a su lado, prisionera con cadenas invisibles, a la señora más admirada por su hermosura y su grandeza de alma en toda Vetusta; él descalzaba los más bellos pies del pueblo y los arrastraba por el barro... ¿Quién podía más?".

Al pasar delante del Casino, frente al balcón de Mesía, don Fermín levantó los ojos y miró a don Álvaro con orgullo y provocación.

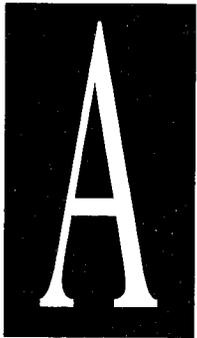
Don Víctor asomó la cabeza y lo vio todo. Sintió escalofríos.

-¡Antes que esto, prefiero verla en brazos de un amante!

Y estrechó con calor la mano que don Álvaro le ofrecía.

<sup>99</sup> Ana salió pendiente que cada paso como de Sema-  
na Santa con el pelo con tinte...

## Capítulo XXIV



Ana y Quintanar disfrutaban felices de su estancia en el Vivero. El médico le había aconsejado a Ana una estancia tranquila en el campo para su recuperación, y los Marqueses de Vegallana insistieron en prestarles su quinta<sup>100</sup> del Vivero.

Ana se encontraba mucho mejor y estaba siempre de buen humor. En una carta que escribió desde allí a su médico, le decía: "Buenas noticias. Ya no hay aprensiones<sup>101</sup>. Hablo de mi temor a la locura con Quintanar como de la manía de un extraño. Estoy segura de mi salud. Gracias, amigo mío, a usted se la debo. Estoy segura de que debo al plan de vida que me impuso la felicidad de esta salud serena, de este placer de vivir en medio de la atmósfera saludable. Adiós. No retarde su visita. Quintanar le saluda...". Después de firmar y cerrar esta carta, Ana se puso a continuar otra que había empezado a escribir por la mañana: "...No se queje de que soy demasiado breve en mis explicaciones. El médico me prohíbe analizar mucho. Bastante hago si le escribo. ¿Que cuán-

<sup>100</sup> quinta: casa de campo.

<sup>101</sup> aprensión: temor.

do volvemos a Vetusta? No lo sé, Fermín, no lo sé. ¿Que yo estoy mucho mejor? Es verdad. ¿Que rezo poco? Es verdad. Pero tal vez es demasiado para mi salud. ¿Que se acabó esto y se acabó lo otro...? No y no. No se acabó nada. A su tiempo volverá todo. Menos el visitar a doña Petronila...".

<sup>102</sup> casero: aquí, persona que cuida una casa cuando no están los dueños.  
<sup>103</sup> canastillo: cesto pequeño.

Una mañana vio Ana que Petra y Pepe, el casero<sup>102</sup>, llenaban un canastillo<sup>103</sup> de cerezas para don Álvaro. Cuando nadie la veía, sin poder contenerse, como una colegiala enamorada, besó con fuego la paja blanca del canastillo. Besó las cerezas también... y hasta mordió una que dejó allí, señalada por la huella de los dientes. Y pensó todo el día en la aventura, sin vergüenza. "¡También esto era cosa de la salud!".

\*\*\*

El Marqués de Vegallana invitó al Magistral a pasar el día de San Pedro en el Vivero en compañía de los dueños de la quinta, de los señores de Quintanar y de otros buenos amigos.

Cuando el Magistral llegó al Vivero, sólo estaba Petra en la casa.

-Los señores están en San Pedro -dijo sonriendo.

-Ya lo suponía, hija mía, pero vengo muerto de sed y...

Petra le sirvió al Magistral un refresco delicioso en el cenador.

-Dios te lo pague, Petrica.

Y hablaron. Hablaron de la vida que hacían allí los señores. Petra dijo que doña Ana parecía otra: ¡qué ale-

gre!, ¡qué revoltosa! Nada de encerrarse en la capilla horas y horas, nada de rezar siglos y siglos, nada de leer a su Santa Teresa eternidades... ¿Y salud? Como un roble.

-El señorito Paco, ¿vino? -preguntó de repente De Pas.

-Sí, señor, hará un cuarto de hora. Llegaron él y el señorito Álvaro; tomaron un refresco, como usted, y corrieron a San Pedro...

-La iglesia está cerca, creo, saliendo por ahí por el bosque, ¿verdad?

-Sí, señor. Si quiere usted ir, le acompañaré yo misma...

-Si eres tan amable...

Petra echó a andar delante del Magistral.

-¡Qué calor, don Fermín!

-Mucho, rubita, mucho.

Se oyeron cohetes y música.

-Ya vuelven -dijo Petra, deteniéndose. Es mejor volver nos, porque si no cuando lleguemos a la iglesia, ellos ya estarán en el Vivero.

-Bien, pero yo estoy algo cansado... y con tu permiso... voy a sentarme un rato.

-¿Cansado?, ¡bah! Un mozo como usted...

-¿Quieres crecer, Petra? Pues bastante buena moza eres. Mira, no seas tonta... si no tienes prisa... puedes sentarte... Yo quisiera preguntarte algunas cositas sobre...

-Lo que usted quiera, don Fermín. Por aquí de fijo no pasa nadie, pero si usted quiere hablar a sus anchas<sup>104</sup>, allá un poco más arriba hay una cabaña que se llama la casa del leñador; es muy fresca y tiene asientos muy cómodos...

-Mejor que mejor. Hablaremos más a gusto. Vamos allá.

\*\*\*

Cuando media hora después entraba solo el Magistral en el Vivero, lo primero que vio fue a la Regenta divirtiéndose con sus amigos y con don Álvaro a su lado.

Del Magistral se apoderó el Marqués, que le llevó al salón donde estaban la Marquesa y otros vetustenses ilustres. Al rato, la gente joven, Visita, Ana, Álvaro... corría sola por el bosque.

Tras la comida, todas las conversaciones cesaron con el retumbar<sup>105</sup> de un trueno que hizo temblar las paredes. Llovía muchísimo.

El Magistral sólo pensaba en los que se habían ido al bosque y en lo que tendría que hacer don Álvaro para proteger a Ana de la lluvia.

-Es preciso ir a buscarlos -dijo. -Hay que llevarles paraguas... Vamos, Quintanar, usted que es cazador... y yo que también lo soy... ¡al monte!, ¡al monte!

-Pero... don Fermín -se atrevió a decir Quintanar-, por lo mismo que soy cazador conozco el peligro. El árbol atrae al rayo. Ahí arriba también hay laureles. El laurel llama la electricidad; ¡si fueran pinos!, ¡pero el laurel...!

-¿Qué quiere usted decir? ¿No ve usted que con ellos está doña Ana...?

<sup>104</sup> a sus anchas: cómodamente.

<sup>105</sup> retumbar: hacer mucho ruido una cosa.

-Sí, verdad es... pero ¿no podría ir Pepe con algún criado... con Anselmo...? Usted va a mojarse la sotana...

-¡Al monte, don Víctor!, ¡al monte! -gritó el Provisor.

-Señores -dijo Ripamilán-, no se preocupen ustedes. Los chicos deben de estar bajo techo.

-¿Cómo bajo techo?

-Sí, Fermín, en la casa del leñador, que usted no conoce; es una cabaña rústica, que el marqués hizo construir allá arriba, en lo más espeso del monte...

El Magistral no quiso oír más. Salió con un paraguas bajo el brazo y dejó caer otro a los pies de don Víctor, que siguió sin protestar "al loco del Magistral", sin explicarse por qué insistía en que fueran ellos a buscar a la Regenta y no los criados. Los señores del salón sonreían maliciosamente al decir que era un misterio la conducta del Magistral.

## Capítulo XXV

P

ero espere usted, que yo me pierdo y me caigo.

-Parece mentira que sea usted cazador -dijo De Pas.

-Soy cazador en seco, pero esto es el diluvio... ¿Adónde vamos nosotros, a ver, dígame usted si lo sabe?

-A buscar a doña Ana que estará... poniéndose perdida...

-¿Cree usted que son tontos? De fijo estarán bajo techo.

-Haga usted lo que quiera, yo sigo -dijo el Magistral.

-Eso es darme una lección. Me parece a mí que mi mujer me importa más a mí que a nadie...

-Señor Quintanar, si queremos encontrarlos tenemos que separarnos; hágame usted el favor de subir por ahí, por la derecha...

Entonces, en cuanto se vio solo, De Pas subió corriendo cuanto podía, el corazón le reventaba de celos, de cólera, pensaba que iba a sorprender a don Álvaro y a la Regenta en conversación amorosa cuando menos.

Llegó a lo más alto, a lo más espeso. Al fin vio entre las ramas la caseta rústica. Alguien se movía dentro... Corrió como un loco, sin saber lo que iba a hacer si encontraba allí lo que esperaba... dispuesto a matar si era preciso, ciego...

-¡Qué susto me ha dado usted! -gritó don Víctor, que descansaba allí dentro.

-¡No están! -dijo el Magistral.

-Mire usted lo que me he encontrado aquí -dijo don Víctor, y sacó del bolsillo una liga<sup>106</sup> de seda roja con hebilla de plata- ¡una liga de mi mujer!

-¡Una liga de su mujer!

El Magistral admiraba la estupidez de aquel hombre, que aún no sospechaba nada.

-Es decir -continuó Quintanar-, una liga que fue de mi mujer. No le sirven desde que ha engordado con los alres de la aldea... y se las ha regalado a su doncella, a Petra. De modo que Petra ha estado aquí. ¿A qué ha venido Petra aquí... a perder las ligas? Estoy preocupado. Al fin es de mi casa, está a mi servicio y me importa su honra...

Don Fermín estaba rojo de vergüenza. También Quintanar tenía, además de vergüenza, celos, porque había confidido, hasta cierto punto, a las insinuaciones<sup>107</sup> de Petra

<sup>106</sup> *liga*: aquí, elástico que llevaban las mujeres para sujetar las medias.

<sup>107</sup> *insinuación*: aquí, provocación.

La tempestad ya estaba lejos. Los dos bajaron silenciosos, pensando en la liga de Petra.

Antes de llegar a la huerta se encontraron con Pepe el casero, que los llamó de lejos.

-Los señoritos ya estaban en casa muy tranquilos cuando ustedes estarían llegando a la mitad del monte... Apenas se han mojado. Están muertos de risa...

El Magistral decidió marcharse inmediatamente, a pesar de que el Marqués no quería dejarle en aquel estado:

-Pero si va usted a coger una pulmonía... Múdese usted... Ahí habrá ropa...

-Despídame usted de la Marquesa. En una carrera estoy en mi casa.

En el camino de vuelta a casa, el Magistral se despreciaba a sí mismo. ¡Qué jornada -pensaba-, qué jornada! El mundo era un montón de basura. Buena prueba era él mismo, que satisfacía como un miserable los apetitos más bajos. Y al fin Teresina... era de su casa, pero Petra era de la otra, de Ana. ¡Y don Víctor! Un estúpido y miserable, que merecía cuanto mal le viniera encima, como Ana lo merecía también, como lo merecía el mundo entero, que era un lodazal<sup>108</sup>...

\*\*\*

Don Víctor corrió a su cuarto para cambiarse. Ana entró con él para ayudarlo.

-¿Y don Fermín? -preguntó.

<sup>108</sup> *lodazal*: sitio lleno de lodo y barro.

-Tu don Fermín es un estúpido, hija mía, y perdona -contestó Quintanar de mal humor. Y le contó a su mujer todo lo que les había pasado, menos el hallazgo de la lija.

"Sí -pensaba Ana-, tiene razón don Álvaro, ese hombre tiene celos, celos de amante... y lo que ha hecho hoy ha sido una imprudencia... Debo huir de él, tiene razón Álvaro". Y le parecía que el pecado de querer a un Mesía no era grave si servía para huir de los amores de un Magistral... El comportamiento del clérigo le parecía odioso. Y se lo dijo a don Álvaro.

-Sí, Ana, está enamorado de usted, loco... Eso lo noté ya hace mucho tiempo... porque... Y mientras abajo sonaba el ruido confuso de las despedidas y allá en el cielo el bramido<sup>109</sup> del trueno, la Regenta oía por primera vez en su vida una declaración de amor apasionada pero respetuosa, discreta, toda idealismo. Ana no tenía valor ni deseo de mandar a don Álvaro que callase. "No, no, que no calle, que hable toda la vida."

Durante el verano hubo muchas excursiones. Mesía y Paco no faltaban ni a una de ellas y, además, solían visitar a la Regenta cada tres o cuatro días.

Mesía no se daba prisa. "Aquella casada no era como otras; había que conquistarla como a una virgen." No recordaba don Álvaro haber deseado tanto a una mujer ni haber gozado con los amores platónicos<sup>110</sup> como estaba gozando entonces. La Regenta era feliz. Tenía poco tiempo para preocupaciones. Toda la vida era diversión, excursiones, comidas alegres, teatros, paseos. Aquella noche se prolongó la fiesta en Vetusta; era la despedida del buen tiempo y el último día en el Vivero.

<sup>109</sup> bramido: rugido.

<sup>110</sup> platónico: ideal.

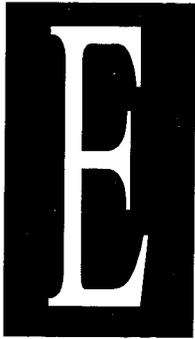
Después de la cena, don Álvaro no oía lo que le decía don Víctor, tan solo oía la voz del deseo ardiente, brutal, que gritaba: "¡Hoy, hoy, ahora; aquí, aquí mismo!".

Salió Álvaro sin ser visto. Llegó al balcón entornado; lo abrió...

-¡Ana!

-¡Jesús!

## Capítulo XXVI



El día de Navidad, Mesía comió en el caserón de los Ozores. Cuando se quedaron solos, don Víctor le expuso de nuevo los problemas que le planteaba el tener a Petra en su casa:

-Mire usted, Álvaro, por nada de este mundo daría yo un disgusto a mi Anita, que es ahora modelo de esposas. Ahora vive en un equilibrio que es garantía de salud; ya no hay nervios; no me llena la casa de sotanas...; en fin, es otra, y la paz que ahora disfruto no quiero perderla a ningún precio. Ahora bien... Petra puede y creo que quiere comprometer la paz de esta casa. Para Ana tendría que ser un golpe terrible cualquier revelación de esa... desvergonzada hipócrita.

-Pero Petra, ¿ha dicho algo? ¿Ha amenazado con decir...?

-No, pero está muy insolente con Ana.

-Tal vez celos...

-Además, si Ana sospecha... si... ¡triste de mí!

-Calma, hombre, calma. Hay que echar a Petra de esta casa.

Don Álvaro prometió encargarse de ello. "Él sabía cómo se trataba a esta gente. Daba la casualidad feliz de que en la fonda en que él vivía se necesitaba una muchacha para servir a los huéspedes. A ella le gustaría la proposición...". En fin, don Víctor lo dejó todo en manos de su amigo y se fue al Casino, algo más tranquilo.

En cuanto don Víctor cerró de un golpe la puerta, Ana entró asustada en el comedor.

-¿Qué hay, Álvaro...?

-Hay, que ya no te queda pretexto para negarme que venga de noche.

-No entiendo...

-Petra se va de esta casa. Adiós espías.

-¡Petra! ¿Que se va Petra?

-Sí, él me ha encargado de despedirla; dice que es insolente, que te trata mal...

-¡Dios mío! ¿Lo ha notado él...?

Mesía explicó a la Regenta el caso. La puso al corriente de todo. Ana se ruborizó. Todo aquello le repugnaba. "¡Aquel marido a quien ella había sacrificado lo mejor de la vida, no sólo era un maníaco, un hombre frío para ella, insustancial, sino que perseguía a las criadas de noche por los

pasillos, las sorprendía en su cuarto, les veía las ligas...! ¡Qué asco!". "Álvaro -seguía pensando Ana- había hecho mal en revelarles aquellas miserias, en hacer traición a Quintanar y, sobre todo, en avergonzarla a ella con las aventuras ridículas y repugnantes del viejo." Pero pensó que aquello lo hacía por amor... Si alguna vez pensaba en perder a don Álvaro, temblaba horrorizada.

Las primeras palabras de amor que Ana se atrevió a murmurar al oído de su vencedor, fueron para pedirle el juramento de la constancia... Mesía había jurado, y seguía jurando todos los días, una eternidad de amores. "Sí, Álvaro; si tú me dejaras me volvería loca, de fijo; tengo miedo a mi cerebro cuando estoy sin ti, cuando no pienso en ti. Contigo no pienso más que en quererte."

\*\*\*

Cuando hubo que trasladar al caserón de los Ozores el nido de amor adúltero, don Álvaro pensó que sin la ayuda de Petra todo sería muy difícil. Así que se propuso conquistar a la criada sin que lo supiera el ama. Y así lo hizo. Pero había un inconveniente muy grave: aunque Petra era ambiciosa y le gustaba el dinero, en Mesía no buscaba ella esto; le quería por buen mozo, por vengarse de la Regenta, a quien odiaba, del Magistral, al que se había entregado creyendo pasar en seguida a la plaza que más envidiaba en Vetusta, la de Teresina. Para Petra, la casa del Magistral era el camino más seguro para llegar a casarse y ser "señora" poco más o menos. La ocasión había llegado. Teresina saldría pronto bien colocada y casada con un buen mozo, y ella entraría en su puesto. Pero no fue así. El Magistral no volvió a solicitar a Petra para asuntos que le interesasen a ella directamente, sino para comprarla como espía.

Petra se convenció de que don Fermín estaba enamorado como un loco de la Regenta y de que a ella, a Petra, sólo la había querido por instrumento, para saber todo lo que pasaba: si doña Ana recibía visitas, quién entraba cuando no estaba don Víctor, etc., etc. Pero Petra se vengaba de don Fermín no dándole más que noticias vagas, suficientes para tenerle toda la vida sobre espinas, para hacerle vivir como un loco furioso.

Petra ayudaba a Mesía cuanto podía, porque ayudarle era satisfacer los propios deseos: hundir al ama y burlarse del "idiota del amo" y del indigno del canónigo.

El presidente del Casino no tuvo inconveniente en engañar a la Regenta. Necesitaba la ayuda de Petra y Ana no quería aceptarla. La cuestión era entrar todas las noches en la habitación de la Regenta por el balcón, que daba al parque. El asunto ofrecía serias dificultades. La llave de la puerta del parque la tenía don Víctor, pero Petra no quiso comprometerse a quitársela y dijo que lo mejor era que el señorito saltase por la pared; luego, subir por la reja hasta la barandilla de hierro era cosa fácil para tan buen mozo. Para lo que servía Petra era para vigilar, para evitar que don Álvaro pudiera ser sorprendido al entrar o salir. Petra era también la encargada de despertar al amo para salir de caza con Frígilis.

No faltaba más que lo peor: persuadir a la Regenta de que abriera el balcón. Al fin llegó a comprender Ana que era ridículo negarse a recibir en su alcoba a un hombre a quien se había entregado ella por completo.

\*\*\*

Aquella tarde de Navidad, después de recoger el servicio del café, Petra salió de casa y se dirigió a la del Magistral.

V. O. n.º 13 en págs. 99-100

La recibió doña Paula. Eran ahora muy buenas amigas. La madre del Provisor le propuso el puesto que ella tanto ambicionaba y Petra aceptó sin dudar, temblando de alegría. Pensaba que aquella felicidad suya causaba la desgracia de muchos, y hasta cierto punto su propio daño, pero se encogió de hombros. Había que ocupar la plaza inmediatamente. Entonces, había que decírselo todo al Provisor, porque ya no podría ser espía. Había que hacerlo todo pronto, inmediatamente. ¿Y qué iba a hacer? Una traición, eso desde luego, pero ¿cómo...?

Mesía ofreció a la doncella la nueva posición y le explicó por qué era mejor que se fuera del caserón de los Ozores.

-Precisamente yo quiero salir de aquí. Pero en cuanto a lo de irme a la fonda, no señor.

Cuando don Víctor se enteró de que Petra se iría al día siguiente, abrazó a su amigo. "Le debía algo mejor que la vida: la tranquilidad de su hogar doméstico."

A la mañana siguiente, temprano, Petra fue a casa del Magistral.

-¿Qué hay? -gritó el Magistral acercándose a la criada

Petra vio que estaban solos... y se echó a llorar.

-¡Pronto!, ¿qué pasa...? ¡Habla, habla...! ¡Habla, habla...! Dios!

-Señor, yo he prometido decírselo a usted todo.

-Sí, todo, habla. ¡Habla, o te arranco yo las palabras!

Petra dijo, sin rodeos, que había visto ella, con sus propios ojos, al mejor amigo del amo, don Álvaro, entrar de noche en el cuarto de la señora y no salir de allí hasta el amanecer.

Don Fermín dio dos pasos inciertos y apoyó la frente en los cristales del balcón.

El Magistral pensaba que su madre, por haberle hecho cura, era la culpable de que fuera tan desgraciado y miserable. Su mujer, la Regenta, que era su mujer ante ellos dos, su hermana del alma, su humilde esposa, le había engañado, le había deshonrado, como otra mujer cualquiera; y él, que tenía sed de sangre, ansias de apretar el cuello al infame, de ahogarle entre sus brazos... él tenía que callar, morderse la lengua, las manos, el alma, todo lo suyo, porque tenía las manos atadas...

Cerró el balcón don Fermín y miró a Petra. Ella era el único instrumento que tenía para hacer daño.

-Y a ti... ¿no te importa el honor de don Víctor? Así agradece el pan que comiste tantos años...

-Señor, ¿y qué puedo hacer por él?

-Si te vas, nada.

-Pues me echan.

-¿Ellos?

-Sí, ellos; ayer el señorito Álvaro me ofreció colocación en la fonda; pero yo prefiero quedarme en la calle.

-Vendrás a esta casa, Petra.

Petra volvió a llorar.

Aquella ternura facilitó el tratado: Petra haría que Quintanar lo viera todo con sus propios ojos, para que castigara a los traidores, y el Magistral, a cambio, colocaría a Petra en su casa y aseguraría su porvenir.

Había allí dos criminales apasionados, que sólo pensaban en vengarse.

Cuando Petra salió de casa del Magistral, éste sintió dentro de sí un hombre nuevo; el hombre que hería de muerte por venganza, el criminal, el ciego por la pasión, "el asesino, sí, el asesino; la otra era el instrumento, el asesino él. ¿Qué haría don Víctor? ¿De qué comedia antigua se acordaría para vengar su ultraje cumplidamente? ¿La mataría a ella primero? ¿Iría antes a buscarle a él...?"

\*\*\*

Al día siguiente, don Víctor y Frígilis debían tomar el tren a las ocho cincuenta para ir de caza a Palomares. El sueño con que despertó Quintanar y la escasa luz del día de aquella mañana, le decían que parecía más temprano de lo que indicaba el despertador. Llamó a los criados y no respondieron.

-No hay duda, es muy temprano. No es hora de levantarse los criados siquiera. Pero ¿entonces? ¿Quién me ha adelantado el reloj...?

Don Víctor volvió a dudar. ¿No podían haberse dormido los criados? ¿No podía aquella escasez de luz deberse a la densidad de las nubes? ¿Quién iba a tener interés en adelantarle el reloj? ¿Quién iba a permitirse semejante broma? Quintanar pasó a la convicción contraria; pensó

que bien podían ser las ocho, se vistió de prisa y bajó a la huerta. En aquel momento el reloj de la catedral dio tres campanadas.

-¡Me lo han adelantado! ¿Pero quién? ¿Son las ocho menos cuarto o las siete menos cuarto? ¡Esta oscuridad...!

Sin saber por qué, sintió una angustia extraña.

Aquella luz no podía ser la de las ocho, eran las siete menos cuarto, ahora estaba seguro... Pero, entonces, ¿quién le había adelantado el despertador más de una hora? ¿Y para qué? Y sobre todo, ¿por qué este accidente sin importancia le llegaba tan adentro?, ¿qué presentía?, ¿por qué creía que iba a ponerse malo...?

Había echado a andar otra vez. Iba en dirección a la casa. Oyó ruido. Avanzó y vio cerrar un balcón de su casa y saltar desde él a un hombre. "El balcón era el de Anita."

A pesar de la poca luz, Quintanar conoció a Álvaro y se echó el arma a la cara. Pensó matarle, pero le vio desaparecer sin atreverse a disparar.

-¡Miserable! ¡Debí matarle! -gritó don Víctor cuando ya no era tiempo.

¿Y Ana? Aquella estaba allí, en la cama; podía matarla, debía matarla. El reloj de la catedral dio las siete. Se dio cuenta de que Petra le había adelantado el reloj para vengarse. No sentía celos, ni la vergüenza de la deshonra. Su Ana era como su hija... Y él sentía su deshonra como la siente un padre; quería castigar, quería vengarse, pero matar era mucho. Al otro sí; Álvaro tenía que morir. "¿Y Petra? ¡Maldita sea! ¡Es ella quien me hace tan

desgraciado, quien ha acabado con mi felicidad para siempre!". La catedral dio ocho campanadas. "¡Las ocho! Ahora debía yo despertar... y no sabría nada."

Llegó Frígilis. Quintanar decidió disimular, ir de caza.

De noche, en el tren, cuando volvían a Vetusta, Frígilis sintió un suspiro y volvió la cabeza:

-¿Qué te pasa, hombre? Todo el día te he visto preocupado, tristón... ¿Qué pasa?

-Tomás, necesito que me aconsejes. Soy muy desgraciado; escucha...

## Capítulo XXVII

P

ero de momento, Víctor, prudencia, disimulo... si no quieres exponerte a una desgracia. Ya lo sabes... está más enferma de lo que tú crees.

-Y yo debo subir y disimular, y hablar con ella para que no sospeche y no se asuste... y no se muera de repente...

-Sí, Víctor, sí; todo eso debes hacer.

-Perdonarla es aceptar la deshonra...

-Eso ya lo veríamos. ¿Tú eres cristiano?

-Sí, de todo corazón... Como que ya no veo más refugio para mi alma que la religión...

-Bueno, pues si eres cristiano ya veremos si debes perdonar o no. Y, además, antes de matarla hay que ver si tenemos derecho para ello.

-No, yo no lo tengo; me lo dice la conciencia...

-Y dice perfectamente. Ni yo tengo derecho para aconsejarte nada trágico. Cuando te casé con ella, porque yo te casé, Víctor, bien te acordarás, creía hacer la felicidad de ambos...

-Y no parecía que te habías equivocado. La mía la habías hecho. La de ella... durante más de diez años pareció que también... Pero mira, Frígilis, tu filosofía no es para consolar a un marido en mi situación...

-Ni yo creo que tu situación admita consuelos... Pero ahora no se trata de ti, se trata de ella. ¿Insistes en coser el cuerpo con una espada a Mesía? Sea; pero hay que ver cuándo y cómo. Hay que tener calma...

Frígilis tenía prisa, quería ver a don Álvaro para decirle que Quintanar estaba al corriente de todo y evitar así que acudiera a su cita aquella noche. Frígilis sabía que don Álvaro era muy cobarde, y estaba seguro de que escaparía de Vetusta en cuanto él le dijera que Quintanar iba a desafiarle.

\*\*\*

Al ver al Magistral en su casa, don Víctor sintió un temblor frío.

-¿A qué debo... a estas horas... la honra...? ¿Qué pasa? ¿Alguna desgracia...?

"Pero este hombre, ¿no sabe nada?" -se preguntó De Pas. "Él, él era el marido -pensaba-, y no aquel idiota, que aún no había matado a nadie (y ya era mediodía) y que debía saberlo todo desde las siete. Las leyes del mundo

<sup>111</sup> farsa: mentira, hipocresía

¡qué farsa<sup>111</sup>! Don Víctor tenía el derecho de vengarse y no tenía el deseo; él tenía el deseo, la necesidad de matar, y no tenía el derecho...".

-Don Víctor, confiésemle usted si sabe algo de un asunto que le interesa muchísimo.

-Sí, señor; hoy sé algo que no sabía ayer... que me importa muchísimo, más que la vida...

-Una persona que ha protegido un... crimen que le perjudica a usted... ha acudido arrepentida a confesar su complicidad vergonzosa... Temiendo nuevas desgracias, se apresuró a declararme lo que había, para ver si podían evitarse más crímenes...

-¿Petra...? ¿ha sido Petra? -dijo don Víctor.

-La infeliz no comprendió al principio que su conducta podía causar nuevos daños. Y a eso vengo yo, don Víctor, a impedirlos si es tiempo... ¿Qué ha sucedido aquí?

-Nada, nada... pero habrá, habrá sangre... ¿Y usted lo sabe? ¿Esa mujer ha publicado mi deshonra? ¡Desgraciado Quintanar!

Don Fermín explicó que, hacía meses ya, se murmuraba de la confianza y de la frecuencia con que don Álvaro entraba en el palacio de los Ozores.

El Magistral quería incitar a don Víctor al crimen. Oyéndole, Quintanar se arrepintió de no haber matado a Álvaro por la mañana, y se decidió a enfrentarse con él cuanto antes.

El Magistral se despidió. Al llegar a la puerta, se volvió de repente y exclamó:

-Le exijo, en nombre de Dios, que si ese infame volviera esta noche... ¡nada de sangre, don Víctor, nada de sangre...!

"¡Es verdad! -pensó don Víctor cuando se quedó solo.- ¿Y yo, estúpido, tonto, no había pensado en ello? Ese hombre debe volver esta noche...; ¡Y yo, por no matarla a ella, iba a dejar que otra vez... otra vez... !".

Se abrió la puerta y entró la Regenta.

-¿Quién estaba ahí? -preguntó Ana, tranquila.

-El Magistral.

-¿A qué venía... a estas horas? -preguntó disimulando sus temores.

-Cosas de política...

La Regenta no insistió. Se retiró sin acercarse a su marido, que no la buscó tampoco para darle el beso en la frente con que solían despedirse todas las noches.

A las once y media de la noche, de puntillas y a oscuras, bajó don Víctor al parque armado de escopeta. "Si volvía aquella noche... ¡moría don Álvaro!".

Mesía aceptó inmediatamente la proposición de Frígilis. "¡Era natural! Debía huir. ¿Con qué derecho iba él a matar al hombre que le había perdonado la vida aquella mañana y a quien él había robado la honra?".

En realidad, don Álvaro tenía mucho miedo. Aunque se alegraba de ver rotas aquellas relaciones que iban a acabar con la poca salud que le quedaba y a dejarle en ridículo a los ojos de Ana, le horrorizaba la idea de verse frente a frente de don Víctor con una espada o una pistola en la mano.

Pero don Álvaro no pudo huir, pues Quintanar se empeñaba en enfrentarse con él. Se eligió la pistola.

Sin que Ana sospechase nada, don Víctor salió de casa acompañado de Frígilis, a la hora en que solían ir de caza.

La bala de Quintanar quemó el pantalón ajustado de Mesía. El instinto de conservación de Mesía despertó con ímpetu: "Había que defenderse. Si el otro volvía a disparar, iba a matarle; ¡era don Víctor, el gran cazador!".

Mesía avanzó cinco pasos y apuntó. La bala de don Álvaro le había entrado a don Víctor en la vejiga. Quintanar fue trasladado a la casa del Vivero. Murió a las once de la mañana.

\*\*\*

Frígilis había dicho a la Regenta que Quintanar estaba herido en Palomares, que se le había disparado la escopeta y... Las mentiras piadosas fueron inútiles; Ana se dispuso a salir sola, a correr en busca de su Víctor... Hubo que decirle una verdad: la muerte de su esposo. Ana cayó sin sentido y despertó en la cama. Pero Ana no creía lo que le decían; la ausencia de Mesía y la muerte de Víctor se lo explicaron todo.

Y una tarde le llegó a Ana una carta en que don Álvaro explicaba desde Madrid su desaparición y su silencio. Todo era falso, frío, en aquel papel escrito por un egoísta incapaz de amar de veras.

A veces, pensando en su adulterio y, sobre todo, en la muerte de Quintanar, el terror de la locura se mezclaba con el remordimiento. El médico le aconsejó que no se atormentara recordando el pasado. Y Frígilis hablaba en el mismo sentido. Y nadie más hablaba, porque Anselmo apenas sabía hablar... y los demás vetustenses no entraban en el caserón de los Ozores después de la muerte de don Víctor. Vetusta la noble estaba escandalizada, horrorizada. ¡Era un escándalo! ¡Un adulterio descubierto! ¡Un duelo! ¡Un marido muerto de un pistoletazo en la vejiga! Hablaban mal de Ana Ozores todas las mujeres de Vetusta.

Mesía había huido y vivía en Madrid. Vetusta había perdido dos de sus personas más importantes... por culpa de Ana y su torpeza. Y se la castigó rompiendo con ella toda clase de relaciones. No fue a verla nadie.

La viuda decidió seguir los consejos del médico. Pensaba lo menos posible en sus remordimientos, en su soledad, en el porvenir triste...

Durante la enfermedad de su amiga, don Tomás Crespo, sin pedir permiso a nadie, se instaló en los bajos del caserón de los Ozores. La alcoba de Ana estaba en el ma del cuarto que escogió Frígilis. Se instaló allí para velar a la Regenta y acudir al menor peligro. Esto no lo supo Anita hasta que, ya convaleciente, se quejó un día de aquella soledad. Confesó que de noche tenía a veces miedo. Y el buen Frígilis le dijo tímidamente que hacía más de mes y medio que él se había tomado la li

bertad de venirse a dormir debajo de la Regenta. Los criados tenían orden de no decírselo a la señora. Desde que esto supo Ana, se creyó menos sola en sus noches tristes.

Frígilis era el amigo constante, el compañero de sus tristezas. Hablaba poco, pero la distraía haciéndole descubrir árboles y flores, y a ella le consolaba el pensar: "Está Crespo ahí."

\*\*\*

Poco a poco, Ana comenzaba a encontrarse mejor y a sentir deseos de actividad.

Una mañana despertó pensando que aquel año no "había cumplido" con la Iglesia. Además, ya podía salir de su caserón triste para ir a misa. Y también iría a confesar.

Una tarde de octubre, Ana, con un velo tupido sobre el rostro, toda de negro, entró en la catedral. Fue a la capilla del Magistral. Sin saber cómo, se encontraba a dos pasos del confesonario de aquel hermano mayor del alma, a quien había calumniado el mundo, incluso ella misma, al pensar que aquel cariño del sacerdote era amor brutal, amor como el de Álvaro, el infame. Ana deseaba de todo corazón volver a aquella amistad con el canónigo.

El Magistral estaba confesando, en su sitio. Reconoció asombrado la silueta conocida y amada de Ana, que había decidido acercarse al confesonario y pedir el perdón de Dios y el del hermano del alma. Estuvo bastante tiempo esperando que terminaran de confesar las otras beatas.

Ya era tarde. La catedral estaba sola. Pero el confesonario callaba. No aparecía la mano que debía llamarla. La Regenta se atrevió a dar un paso hacia el confesonario, que crujió<sup>112</sup> al salir de su centro una figura negra, larga, de cara pálida y ojos fijos...

<sup>112</sup> *crujir*: hacer ruido.

El Magistral extendió un brazo, dio un paso de asbesto hacia la Regenta, que quiso gritar, pedir socorro, y no pudo. Cayó sentada en la madera abierta de boca, los ojos espantados, las manos extendidas hacia el enemigo, que el terror le decía que iba a asesinarla. Después el Magistral se detuvo. No podía hablar, ni quería. Volvió a extender los brazos hacia Ana, dio otro paso adelante y después, clavándose las uñas en el cuello, dio media vuelta temblando y salió de la capilla.

Ana, aterrorizada, cayó al suelo sin sentido. Celedonio, el acólito afeminado, alto y escuálido, iba cerrando las capillas. Después de cerrar la capilla del Magistral, le pareció haber oído como un suspiro. Abrió, entró y reconoció a la Regenta desmayada.

Celedonio sintió un deseo miserable, inclinó el rostro al queroso sobre el de la Regenta y le besó los labios.

<sup>113</sup> *rasgar*: romper.

Ana volvió a la vida rasgando<sup>113</sup> las nieblas de un delirio que le causaba náuseas.

<sup>114</sup> *viscoso*: pegajoso.

Había creído sentir sobre la boca el vientre viscoso<sup>114</sup> y frío de un sapo.

V.O.

## V.O. Selección de partes significativas en su versión original

V. O. nº 1, de págs. 10-11

[...] la Regenta estaba en la capilla del Magistral esperándole para confesar. Novedad estupenda. La Regenta, muy principal señora, era esposa de don Víctor Quintanar, regente en varias Audiencias, últimamente en la de Vetusta, donde se jubiló con el pretexto de evitar murmuraciones acerca de ciertas dudosas incompatibilidades; pero en realidad, porque estaba cansado y podía vivir holgadamente saliendo del servicio activo. A su mujer se la siguió llamando la Regenta.

[...] La cual siempre había sido hija de confesión de don Cayetano, pero éste, que de algunos años a esta parte sólo confesaba a algunas pocas personas, señoras casi todas, de alta categoría, escogidísimos amigos y amigas, al cabo se había cansado también de esta leve carga, pesada para sus años, y resuelto a retirarse por completo del confesonario, había suplicado a sus hijas de confesión que le librasen de este trabajo y hasta señalado sucesor en tan grave e interesante ministerio, sucesor diferente según las personas.

\*\*\*

V. O. nº 2, de pág. 14

Doña Ana tardó mucho en dormirse, pero su vigilia ya no fue impaciente, desabrida. El espíritu se había refrigerado con el nuevo sesgo de los pensamientos. Aquel noble esposo a quien debía la dignidad y la independencia de su vida, bien merecía la abnegación constante a que ella estaba resuelta. Le había sacrificado su juventud: ¿por qué no continuar el sacrificio? No pensó más en aquellos años en que había una calumnia capaz de corromper la más pura inocencia; pensó en lo presente.

[...] Su alma se regocijó contemplando en la fantasía el holocausto del general respeto, de la admiración que como virtuosa y bella se le tributaba. En Vetusta, decir la Regenta era decir la perfecta casada. Ya no veía Anita la *estúpida existencia* de antes. Recordaba que la llamaban madre de los pobres. Sin ser beata, las más ardientes fanáticas la consideraban buena católica. Los más atrevidos tenorios, famosos por sus temeridades, bajaban ante ella los ojos, y su hermosura se adoraba en silencio... Aquel mismo don Álvaro, que tenía fama de atreverse a todo y conseguirlo todo, la quería, la adoraba sin duda alguna, estaba segura; más de dos años hacía que ella lo había conocido; pero él no había hablado más que con los ojos, donde Ana fingía no adivinar una pasión que era un crimen.

V. O. nº 3, de pág. 16

Quería emanciparse; pero ¿cómo? Ella no podía ganarse la vida trabajando; antes la hubieran asesinado los Ozores; no había manera decorosa de salir de allí a no ser el matrimonio o el convento.

Pero la devoción de Ana ya estaba calificada y condenada por la autoridad competente. Las tías, que habían maliciado algo de aquel misticismo pasajero, se habían burlado de él cruelmente. Además la falsa devoción de la niña venía complicada con el mayor y más ridículo defecto que en Vetusta podía tener una señorita: la literatura. Era éste el único vicio grave que las tías habían descubierto en la joven y ya se le había cortado de raíz.

\*\*\*

V. O. nº 4, de pág. 22

Importaba mucho al jefe del partido liberal dinástico de Vetusta que Paquito le creyera enamorado de aquella manera sutil y alambicada. Si se convencía de la pureza y fuerza de esta pasión, le ayudaría no poco. La amistad entre los Vegallana y la Regenta era íntima.

[...] en la casa del marqués, además, se podía ver a menudo; en otras casas pocas veces. Si Mesía quería conseguir algo, no era posible prescindir de Paquito. Supongamos que Ana consentía en hablar con don Álvaro a solas. ¿Dónde podía ser? ¿En casa del Regente? Imposible, pensaba el seductor; esto ya sería una traición formal, de las que asustan más a las mujeres; semejantes enredos no podía admitirlos la Regenta: por lo menos al principio. La casa de Paco era un terreno neutral; el lugar más a propósito para comenzar en regla un asedio y esperar los acontecimientos. Don Álvaro lo sabía por larga experiencia. En casa de Vegallana había ganado sus más heroicas victorias de amor. Su orgullo le aconsejaba que no hiciera en favor de Ana Ozores una excepción que a todo Vetusta le parecía indispensable.

Por lo mismo, quería él vencer allí para que vieran.

Había de ser en el salón amarillo, en el célebre salón amarillo. ¿Qué sabía Vetusta de estas cosas? Tan mujer era la Regenta como las demás; ¿por qué se empeñaban todos en imaginarla invulnerable?

\*\*\*

V. O. nº 5, de págs. 38-39

Al entrar en el salón la Regenta, De Pas interrumpió una frase pausada y elegante, porque no pudo menos, y se inclinó saludando sin gran confianza.

Detrás de Ana apareció Mesía, que traía la mejilla izquierda algo encendida y se atusaba el rubio y sedoso bigote. Venía mirando al frente, como quien ve lo que va pensando y no lo que tiene delante. El Magistral le alargó la mano, que Mesía estrechó mientras decía:

—Señor Magistral..., tengo mucho gusto...

Se trataban poco y con mucho cumplido. Ana los vio juntos, los dos altos, un poco más Mesía, los dos esbeltos y elegantes, cada cual en su género; más fornido el Magistral, más noble de formas don Álvaro, más inteligente por gestos y miradas el clérigo, más correcto de facciones el elegante.

Don Álvaro ya miraba al Provisor con prevención, ya le temía; el Provisor no sospechaba que don Álvaro pudiera ser enemigo tentador de la Regenta; si no le quería bien, era por considerar peligrosa para la propia influencia del otro en Vetusta, y porque sabía que sin ser adversario boquirroto y declarado de la Iglesia, no la estimaba. Cuando le vio con Anita en la ventana, conversando tan distraídos de los demás, sintió don Fermín un malestar que fue creciendo mientras tuvo que esperar su presencia.

\*\*\*

V. O. nº 6, de pág. 45

Doña Paula no se enternecía, tenía esa ventaja. Llamaba mojigangas a las caricias, y quería a su hijo mucho, a su manera, desde lejos. Era el suyo un cariño opresor, un tirano. Fermo, además de su hijo era su capital, una fábrica de dinero. Ella le había hecho hombre, a costa de sacrificios, de vergüenzas de que él no sabía ni la mitad, de vigiliadas, de sudores, de cálculos, de paciencia, de astucia, de energía y de pecados sórdidos; por consiguiente no pedía mucho si pedía intereses al resultado de sus esfuerzos, al Provisor de Vetusta.

\*\*\*

V. O. nº 7, de pág. 47

Ana, acostumbrada muchos años hacía a la mirada curiosa, insistente y fría del público, no reparaba casi nunca en el efecto que producía su entrada en la iglesia, en el paseo, en el teatro. Pero la noche de aquel día de Todos los Santos recibió como agradable incienso el tributo espontáneo de admiración, y no vio en él, como otras veces, curiosidad estúpida, ni envidia ni malicia. Desde la aparición de don Álvaro en la plaza, el humor de Ana había cambiado, pasando de la aridez y el hastío negro y frío a una región de luz y calor que bañaban y penetraban todas las cosas [...].

V. O. nº 8, de pág. 57

Don Fermín hubiera deseado que la estación no pasara, que los ausentes se quedaran por allá. Su madre había ido a Matalerejo a cobrar rentas y preparar la recolección; a recoger intereses de mucho dinero esparcido por aquellas montañas. Teresina era el ama de casa. Alegre todo el día, activa, solícita, llenaba el hogar del Magistral de cantares religiosos a los que daba, sin saber cómo, sentido profano, aire de la calle.

[...] Amo y criada estaban contentos. La libertad les sabía a gloria. Cada cual hacía lo que quería. No estaba doña Paula, no había que dar cuentas a nadie. Y no faltaba nada. El señorito lo tenía todo a su tiempo y en su sitio como siempre. Ya podía vivir sin la señora.

\*\*\*

V. O. nº 9, de pág. 60

[...] don Álvaro ofreció el brazo a la Regenta, que buscó valor para negarse y no lo encontró.

Ana callaba, no veía, no oía, no hacía más que sentir un placer que parecía fuego; aquel goce intenso, irresistible, la espantaba; se dejaba llevar como cuerpo muerto, como una catástrofe; se le figuraba que dentro de ella se había roto algo, la virtud, la fe, la vergüenza; estaba perdida, pensaba vagamente...

El Presidente del Casino en tanto, acariciando con el deseo aquel tesoro de belleza material que tenía en los brazos, pensaba: "¡Es mía!, ¡ese Magistral debe de ser un cobarde! Es mía... Este es el primer abrazo de que ha gozado esta pobre mujer." ¡Ay, sí, era un abrazo, disimulado, hipócrita, diplomático, pero un abrazo para Anita! [...].

En aquel instante Mesía notó que la cabeza de Ana caía sobre la limpia y tersa pechera que envidiaba Trabuco. Se detuvo el buen mozo, miró a la Regenta, inclinando el rostro, y vio que estaba desmayada.

\*\*\*

V. O. nº 10, de pág. 63

Ana, inmóvil, había visto salir al Magistral sin valor para detenerle, sin fuerzas para llamarle. Una idea con todas sus palabras había sonado dentro de ella, cerca de los oídos. "¡Aquel señor canónigo estaba enamorado de ella!" "Sí, enamorado como un hombre, no con el amor místico, ideal, seráfico que ella se había figurado. Tenía celos, moría de celos... El Magistral no era el hermano mayor del alma, era un hombre que debajo de la sotana ocultaba pasiones, amor, celos, ira... ¡La amaba un canónigo!". Ana se estremeció como al contacto de un cuerpo viscoso y frío.

V. O. nº 11, de pág. 73

Don Fermín llevaba el alma sofocada de hastío, de desprecio de sí mismo. ¡Qué jornada! -pensaba-, ¡qué jornada! No le quedaba ni el consuelo de compadecerse; merecido tenía todo aquello; el mundo era como el confectionario lo mostraba, un montón de basura; las pasiones nobles, grandes, sueños, aprensiones, hipocresía del vicio... Buena prueba era él mismo, que a pesar de sentirse enamorado por modo angélico, caía una y otra vez en groseras aventuras, y satisfacía como un miserable los apetitos más bajos. Y al fin Teresina... era de su casa, pero Petra era de la otra, de Ana. Ya no se disculpaba con los sofismas del maquiavelismo, de la conveniencia de tener de su parte a la criada. Con unas cuantas monedas de oro hubiera conseguido lo mismo. "¡Y don Victor! Otro miserable y además un estúpido que merecía cuanto mal le viniera encima, como él, como Ana lo merecía también, como lo merecía el mundo entero, que era un lodazal... ¡Oh, aquellos relámpagos debían quemar el mundo entero si se quería hacer justicia de una vez!

\*\*\*

V. O. nº 12, de pág. 74

Y mientras abajo sonaba el ruido confuso y gárrulo de las despedidas y preparativos de marcha, y detrás el estrépito de los que corrían en la galería, y allá en el cielo, de tarde en tarde, el bramido del trueno, la Regenta, sin notar las gotas de agua en el rostro, o encontrando deliciosa aquella frescura, oía por la primera vez de su vida una declaración de amor apasionada pero respetuosa, discreta, toda idealismo, llena de salvedades y eufemismos que las circunstancias y el estado de Ana exigían, con lo cual crecía su encanto, irresistible para aquella mujer que sentía las emociones de los quince años al frisar con los treinta.

No tenía valor, ni aun deseo, de mandar a don Álvaro que se callase, que se reportase, que mirase quién era ella.

\*\*\*

V. O. nº 13, de pág. 79

El Presidente del Casino de Vetusta no tuvo inconveniente en engañar a la Regenta. Era, según él, muy justo respetar los escrúpulos de aquella adúltera primeriza -otra frase grosera del seductor-, que no podía avenirse a tomar por encubridora a Petra; pero también era equitativo que él, sin decírselo a doña Ana, fingiendo desconfiar también de la doncella, aprovecharse los ser-

vicios de ésta, preciosos en tales circunstancias. La cuestión era entrar todas las noches en la habitación de la Regenta por el balcón. Esto se decía pronto, pero hacerlo ofrecía serias dificultades.

\*\*\*

V. O. n° 14, de pág. 82

Aquella ternura facilitó el tratado; cediendo cada cual un poco de su tesón, se fueron acercando al infame convenio, a la intriga asquerosa y vil; al principio fingiendo pulcritud, invocando sanos intereses, después olvidando estas fórmulas; y por fin el Magistral ofreció a la moza asegurar su suerte, colmar su ambición, y ella poner ante los ojos de Quintanar su vergüenza de modo tan evidente, tan palpable, que aquel señor, si corría sangre de hombre por su cuerpo, tuviese que castigar a los traidores como tenían bien merecido.

\*\*\*

V. O. n° 15, de pág. 86

Frígilis tenía prisa, quería dejar a don Víctor cuanto antes para correr en busca de don Álvaro y advertirle de que Quintanar sabía su traición, para que se abstuviera de asaltar el parque aquella noche y acudir a la cita, si la tenía como era de suponer. Pensaba Crespo que a Víctor no se le había ocurrido, como no se le ocurrieron otras tantas cosas, que aquella noche se repetiría la escena de la anterior, que debía de ser ya antigua costumbre; podía don Álvaro, que no había visto a su víctima cuando él acechaba en el parque, volver a las andadas, sorprenderle Quintanar, y entonces era imposible evitar una tragedia. Además, Frígilis tenía la convicción de que don Álvaro escaparía de Vestusta en cuanto él le dijera que Quintanar iba a desafiarle. No le faltaban motivos para creer muy cobarde al don Juan Tenorio.

\*\*\*

V. O. n° 16, de pág. 92

Celedonio sintió un deseo miserable, una perversión de la perversión de su lascivia: y por gozar un placer extraño, o por probar si lo gozaba, inclinó el rostro asqueroso sobre el de la Regenta y le besó los labios.

Ana volvió a la vida rasgando las nieblas de un delirio que le causaba náuseas.

Había creído sentir sobre la boca el vientre viscoso y frío de un sapo.

Tareas • Tareas

# Tu diccionario

Nivel III, hasta 1.500 entradas  
en la obra adaptada.

abajo .....	adivinar .....
aborrecer .....	admirar; admiración (la) .....
abrazar; abrazo (el) .....	.....
.....	admitir .....
abrir .....	adorar .....
absolución (la) .....	adquirir .....
abstraer .....	adulterio (el); adúltero, a .....
absurdo, a .....	.....
abundantemente .....	afectuoso, a .....
aburrir .....	afeminado .....
abusar; abuso (el) .....	afición (la); aficionado, a .....
.....	.....
acabar .....	afirmación (la) .....
acariciar .....	agradar .....
accidente (el) .....	agradecer .....
acción (la); accionista (el, la) .....	agua (el) .....
.....	ahí .....
acento (el) .....	ahogar .....
aceptar .....	ahora .....
acercarse .....	aire (el) .....
acoger .....	aislamiento (el) .....
acólito (el) .....	ajuar (el) .....
acompañar .....	ajustado, a .....
aconsejar .....	alabanza (la) .....
acordarse; acuerdo (el) .....	alargar .....
.....	alarmarse .....
acostarse .....	alcalde, -esa (el, la) .....
acostumbrar .....	alcoba (la) .....
actividad (la); activo, a .....	aldea (la) .....
acudir .....	alegrarse; alegría (la); alegre .....
acusar .....	.....
adecuar .....	.....
adelantar; adelante .....	alejar .....
.....	algo; alguien; algún, alguno, a .....
además .....	.....
adentro .....	allá; allí .....
adiós .....	.....

# Tu diccionario

Nivel III, hasta 1.500 entradas  
en la obra adaptada.

alma (el) .....	apenas .....
almohada (la) .....	apetito (el) .....
altar (el) .....	apoderarse .....
alterarse .....	apóstol (el) .....
alto, a .....	apoyarse .....
amable .....	apreciar .....
amanecer (el) .....	aprensión (la) .....
amapola (la) .....	apresurarse .....
amar; amante (el, la) .....	apretar .....
.....	aprobación (la) .....
ambicionar; ambición (la); ambicioso, a .....	apuntar .....
.....	equí .....
.....	árbol (el) .....
amistad (la); amigo, a (el, la) .....	ardor; ardiente .....
.....	.....
.....	argumento (el) .....
amo, a (el, la) .....	aristocracia (la); aristócrata (el, la) .....
amor (el); amoroso, a .....	.....
.....	armarse; arma (el) .....
amplio, a .....	arrancar; arranque (el) .....
analizar .....	.....
ancho, a .....	arrastrar .....
andar .....	arreglárselas .....
ángel (el) .....	arrepentirse .....
angustia (la) .....	arriba .....
animal (el) .....	arrojar .....
anoche .....	artículo (el) .....
ansias (las) .....	asco (el) .....
anterior, antes .....	asegurar .....
.....	asesinar; asesino, a (el, la) .....
antiguo, a .....	.....
anunciar .....	así .....
añadir .....	asiento (el) .....
año (el) .....	asistir .....
aparecer; aparición (la) .....	asomar .....
.....	asombrar; asombro (el) .....
aparentar .....	.....
apartar .....	aspecto (el) .....
apasionar .....	.....
apearse .....	.....

# Tu diccionario

Nivel III, hasta 1.500 entradas  
en la obra adaptada.

asqueroso, a .....	balcón (el) .....
asunto (el) .....	banco (el) .....
asustar .....	bañarse .....
atacar; ataque (el) .....	barandilla (la) .....
.....	barato, a .....
atar .....	barca (la) .....
atención (la) .....	barrio (el) .....
aterrorizar .....	barro (el) .....
atmósfera (la) .....	bastante .....
atormentar .....	basura (la) .....
atraer .....	bazar (el) .....
atreverse; atrevimiento (el) .....	beato, a (el, la) .....
.....	beber .....
atrocidad (la) .....	belleza (la); bello, a .....
audiencia (la); auditorio (el) .....	.....
.....	besar; beso (el) .....
.....	.....
aún .....	besugo (el) .....
ausencia (la); ausente .....	bien .....
.....	blanco, a .....
autor, -a (el, la) .....	boca (la) .....
auxilio (el) .....	boda (la) .....
avanzar .....	bolsillo (el) .....
avaricia (la); avaro, a .....	bomba (la) .....
.....	bondad (la) .....
aventura (la) .....	borrache, a .....
avergonzarse .....	borrego (el) .....
avisar; aviso (el) .....	bosque (el) .....
.....	bostezar .....
aya (el) .....	bramido (el) .....
ayer .....	brazo (el) .....
ayudar; ayuda (la) .....	breve .....
.....	broma (la) .....
ayuno (el) .....	brutal .....
azahar (el) .....	buen (o), a .....
bailar; baile (el) .....	bulto (el) .....
.....	burlarse .....
bejar; bajo .....	buscar .....
.....	.....
bala (la) .....	.....







# Tu diccionario

Nivel III, hasta 1.500 entradas  
en la obra adaptada.

falso, a .....	fuerza (la); fuerte .....
faltar; falta (la) .....	función (la) .....
.....	furioso, a .....
fama (la); famoso, a .....	futuro (el); futuro, a .....
.....	gabinete (el) .....
familia (la); familiar .....	garantía (la) .....
.....	garbo (el) .....
farol (el) .....	gastar .....
farsa (la) .....	gemelos (los) .....
favor (el) .....	general .....
fé (la) .....	género (el) .....
felicidad (la); feliz .....	gente (la) .....
.....	gesto (el) .....
fiebre (la) .....	gobernar; gobierno (el) .....
fiesta (la) .....	.....
figura (la) .....	golpe (el) .....
fijo, a; fijo (de) .....	gozar .....
.....	gracia (la); gracias; gracioso, a .....
filosofía (la) .....	.....
fin (el) .....	gran (de); grandeza (la) .....
finca (la) .....	.....
fingir .....	grave .....
firmar .....	gritar; grito (el) .....
firme .....	.....
flor (la) .....	guapo, a .....
fonda (la) .....	guardar .....
fondo (el) .....	guiar .....
formar; forma (la) .....	gustar; gusto (el) .....
.....	.....
fortuna (la) .....	haber .....
francés, -a .....	habitación (la) .....
frecuentar; frecuencia (la); frecuente .....	habitual .....
.....	hablar .....
frente (la) .....	.....
fresco (el); frialdad (la); frío (el) .....	.....
.....	.....
fuego (el) .....	.....

# Tu diccionario

Nivel III, hasta 1.500 entradas  
en la obra adaptada.

hacer .....	idea (la); ideal (el); idealismo .....
halagar .....	.....
hallazgo (el) .....	idiota .....
hambre (el) .....	ídolo (el); idólatra .....
hastío (el) .....	.....
hebilla (la) .....	iglesia (la) .....
herir .....	ilegítimo, a .....
hermano, a (el, la) .....	ilustrado, a; ilustre .....
hermosura (la); hermoso, a .....	.....
.....	imitar .....
héroe, heroína (el, la) .....	impaciente .....
hierro (el) .....	impedir .....
higiene (la) .....	ímpetu (el) .....
hijo, a (el, la) .....	imponer .....
hipocresía (la); hipócrita .....	importar; importancia (la); importante .....
.....	.....
hogar (el) .....	.....
hombre (el) .....	importuno, a .....
hombro (el) .....	imposible .....
hondo, a .....	impresión (la) .....
honor (el) .....	imprudencia (la); imprudente .....
honra (la); honradez (la); honrado, a .....	.....
.....	inaugurar .....
.....	incapaz .....
horrorizar; horrible .....	incierto, a .....
.....	incitar .....
hoy .....	inclinarse; inclinación (la) .....
huella (la) .....	.....
huérfano, a .....	incluso .....
huerta (la) .....	incomparablemente .....
huésped (el, la) .....	incontesable .....
huir .....	inconveniente (el) .....
humedad (la) .....	indecencia (la) .....
humillar; humilde .....	independencia (la) .....
.....	indicar .....
humo (el) .....	indigno, a .....
humor (el) .....	infancia (la) .....
hundir .....	infeliz .....



# Tu diccionario

Nivel III, hasta 1.500 entradas  
en la obra adaptada.

misa (la).....	mundo (el) .....
miseria (la); miserable .....	murmurar .....
.....	música (la) .....
misión (la).....	muy .....
mismo, a .....	nacer .....
misterio (el); misterioso, a .....	nada; nadie.....
.....	.....
mitad (la).....	naturalidad (la); natural .....
modelo (el).....	.....
modestia (la) .....	náuseas (las).....
modista (la).....	nazareno, a (el, la).....
modo (el) .....	necesitar; necesidad (la) .....
mojarse .....	.....
molestar .....	negar .....
molino (el) .....	negro, a.....
momento (el); momentáneo, a .....	nervios (los); nervioso, a .....
.....	.....
monje, a (el, la) .....	neutral .....
monótono, a.....	nido (el) .....
montaña (la); monte (el); montañés, -a .....	niebla (la).....
.....	ningún (o), a .....
montar .....	niño, a (el, la).....
montón.....	nobleza (la); noble.....
moral (la) .....	.....
morderse .....	noche (la).....
morir; muerte (la); mortal .....	nombre (el) .....
.....	notar.....
mostrar .....	noticia (la).....
motivo (el).....	novelista (el, la).....
mover; movimiento (el).....	novio, a (el, la).....
.....	nube (la).....
mozo, a (el, la) .....	nuevo, a .....
muchacho, a (el, la) .....	nunca .....
mucho, a .....	obispo (el).....
mudarse .....	objeto (el).....
mujer (la).....	obra (la) .....
multitud (la).....	observar; observatorio (el) .....
.....	ocasión (la) .....

# Tu diccionario

Nivel III, hasta 1.500 entradas  
en la obra adaptada.

ocioso, a .....	párpado (el).....
octubre .....	parque (el).....
ocupar; ocupación (la) .....	parte (la).....
.....	partido (el) .....
odiar; odioso, a .....	pasar; pasatiempo (el).....
.....	.....
ofrecer .....	pasear; paseo (el) .....
oír.....	.....
ojo (el) .....	pasillo (el).....
olvidar .....	pasión (la) .....
opinar .....	paso (el) .....
oprimir .....	patio (el).....
orador, -a (el, la) .....	patriotismo (el).....
orden (el); orden (la) .....	pecar; pecado (el).....
.....	.....
orgullo (el) .....	pecho (el) .....
originar .....	pedir.....
oscurecer; oscuridad (la); oscuro, a .....	peligro (el); peligroso.....
.....	.....
otro, a.....	pena (la) .....
padre (el); paternal .....	pendiente .....
.....	pensar; pensamiento (el).....
.....	.....
pagar .....	peor.....
país (el) .....	pequeño, a .....
paja (la).....	perder .....
pájaro (el).....	perdonar; perdón (el) .....
palabra (la).....	.....
palacio (el) .....	perfección (la); perfectamente .....
palco (el).....	.....
pálidecer; pálido, a .....	perjudicar .....
.....	permitir; permiso (el).....
pan (el).....	.....
pantalón (el).....	perrera (la) .....
pañuelo (el).....	perseguir .....
papel (el).....	persona (la); personal .....
paraguas (el) .....	.....
parecer .....	persuadir .....
pared (la).....	pesar .....

# Tu diccionario

Nivel III, hasta 1.500 entradas  
en la obra adaptada.

piadoso, a .....	preparar .....
pie (el) .....	prescindir .....
piEDAD (la) .....	presentar; presencia (la) .....
pieDra (la) .....	.....
pino (el) .....	presentir .....
piropo (el) .....	presidente, a (el, la) .....
piso (el) .....	preso, a .....
pistola (la); pistoletazo (el) .....	prestar .....
.....	pretender .....
placer (el) .....	pretextar; pretexto (el) .....
plan (el) .....	.....
plantear .....	primavera (la) .....
plata (la) .....	primero, a .....
plato (el) .....	primo, a (el, la) .....
platónico, a .....	principio (el); principal .....
plaza (la) .....	.....
pobreza (la); pobre .....	prisa (la) .....
.....	prisionero, a .....
poco, a .....	probar .....
poder (el) .....	problema (el) .....
poeta (el, la); poético, a .....	procesión (la) .....
.....	procurar .....
política (la) .....	profundo, a .....
ponerse .....	programa (el) .....
portal (el) .....	prohibir .....
porvenir (el) .....	prolongar .....
posesión (la) .....	prometer .....
posible .....	pronto .....
posición (la) .....	propio, a .....
práctico, a .....	proponer; proposición (la) .....
prado (el) .....	.....
precio (el) .....	proteger .....
preciso, a; precisamente .....	protestar; protesta (la) .....
.....	.....
predicar .....	provisor (el) .....
preferir .....	provocar; provocación (la) .....
preparar .....	.....
preocupar; preocupación (la) .....	prudencia (la) .....
.....	prueba (la) .....

# Tu diccionario

Nivel III, hasta 1.500 entradas  
en la obra adaptada.

publicar .....	referir .....
pueblo (el) .....	refresco (el) .....
puerta (la) .....	refugio (el) .....
puesto (el) .....	regalar .....
pulcro, a .....	regente, a (el, la) .....
pulmonía (la) .....	refr .....
pulso (el) .....	reja (la) .....
punto (el) .....	relación (la) .....
puñetazo (el) .....	religión (la); religioso, a .....
pureza (la); puro, a .....	.....
.....	reloj (el) .....
quebrantar .....	remedio (el) .....
quedar (se) .....	remorder; remordimiento (el) .....
quejar (se) .....	.....
quemar (se) .....	renta (la) .....
querer; querido, a .....	renunciar .....
.....	reñir .....
quinta (la) .....	repartir .....
quitar .....	repasar .....
rabia (la) .....	repetir .....
rama (la) .....	representar .....
raro, a .....	repugnar; repugnancia (la); repugnante .....
rasgar .....	.....
rato (el) .....	.....
rayo (el) .....	reservar; reserva (la) .....
realidad (la); real .....	.....
.....	resistir .....
rebelión (la) .....	respeto (el); respetuoso, a .....
recibir .....	.....
reclamar .....	responder .....
recobrar .....	retardar .....
recoger .....	retirarse .....
recomendar .....	retorcerse .....
reconciliar .....	retrasar .....
reconocer .....	retroceder .....
recordar; recuerdo (el) .....	retumbar .....
.....	reunión (la) .....
recuperación (la) .....	revelar; revelación (la) .....
recurrir .....	.....

# Tu diccionario

Nivel III, hasta 1.500 entradas  
en la obra adaptada.

reventar .....	salir .....
revista (la) .....	saliva (la) .....
revoltoso, a .....	salmón (el) .....
revolución (la) .....	salón (el) .....
rezar; rezo (el) .....	saltar .....
.....	salud (la); saludable .....
rídículo (el) .....	.....
rincón (el) .....	saludar .....
riqueza (la); rico, a .....	salvarse .....
.....	sano, a .....
risa (la) .....	santidad (la); san, santo, a (el, la) .....
rival (el, la) .....	.....
robar .....	sapo (el) .....
roble (el) .....	satisfacer; satisfacción (la); satisfecho, a .....
rodeo (el) .....	.....
rojo, a .....	.....
romperse; rompimiento (el) .....	seco, a .....
.....	secreto (el) .....
rondar .....	secuestrador, -a (el, la) .....
ropa (la) .....	sed (la) .....
rostro (el) .....	seda (la) .....
roto, a .....	seductor, -a (el, la) .....
rubio, a .....	seguir .....
ruborizarse .....	seguro, a .....
ruido (el) .....	semana (la) .....
rumorear; rumor (el) .....	semejante .....
.....	sencillez (la); sencillo, a .....
rústico, a .....	.....
saber; sabio, a (el, la) .....	sentarse .....
.....	sentir; sentido (el) .....
sacar .....	.....
sacerdote (el) .....	señalar; señal (la) .....
sacramento (el) .....	.....
sacificar .....	señor, -a (el, la) .....
sacrilego, a .....	separar .....
sacristía (la) .....	ser .....
sacudir .....	sereno (el) .....
sagrado, a .....	serio, a .....

# Tu diccionario

Nivel III, hasta 1.500 entradas  
en la obra adaptada.

sermón (el) .....	suceder .....
servir; servicio (el) .....	sudar .....
.....	suelo (el) .....
sexo (el) .....	sueño (el) .....
siempre .....	suficiente .....
siervo, a (el, la) .....	sugerir .....
siesta (la) .....	superior .....
siglo (el) .....	supersticioso, a .....
silencio (el) .....	suplicar .....
silueta (la) .....	suponer .....
simpático, a .....	suspender; suspensión (la) .....
simplemente .....	.....
sinceridad (la) .....	suspirar; suspiro (el) .....
síntoma (el) .....	.....
sitio (el) .....	susto (el) .....
situación (la) .....	también .....
socio, a (el, la) .....	tampoco .....
socorro (el) .....	tan; tanto, a .....
sofá (el) .....	.....
soledad (la); solo, a; solitario, a; sólo .....	tardar .....
.....	tarde (la); tarde .....
.....	.....
soler .....	tarea (la) .....
solicitar .....	teatro (el) .....
solución (la) .....	techo (el) .....
sombra (la); sombrío .....	técnica (la) .....
.....	temblar; temblor (el); tembloroso, a .....
.....	.....
sombrero (el) .....	.....
sonar .....	temer; temeridad (la); temor (el) .....
sonreír; sonrisa (la) .....	.....
.....	.....
soñar .....	tempestad (la) .....
sorprender .....	temprano .....
sospechar .....	tener .....
sotana (la) .....	tentación (la); tentador, -a .....
suave; suavemente .....	.....
.....	teología (la) .....
subir .....	terminar .....

# Tu diccionario

Nivel III, hasta 1.500 entradas  
en la obra adaptada.

ternura (la) .....	triumfo (el); triunfante .....
terreno (el) .....	.....
terror (el); terrible .....	trueno (el) .....
.....	tupido, a .....
tertulia (la) .....	turbar .....
tiempo (el) .....	último, a; últimamente .....
tierra (la) .....	.....
tila (la) .....	ultraje (el) .....
tímidamente .....	único, a .....
tío, a (el, la) .....	uña (la) .....
tirano, a .....	usar .....
tirar .....	vago, a .....
todavía .....	valor (el); valiente .....
todo, a .....	.....
tolerancia (la) .....	vano .....
tomar .....	varios, as .....
tomate (el) .....	vejiga (la) .....
tonto, a .....	velar .....
tormenta (la) .....	velo (el) .....
torpeza (la) .....	vencer; vencedor, -a (el, la) .....
torre (la) .....	.....
trabajo (el) .....	vengar; venganza (la) .....
traer .....	.....
tragar .....	venir .....
trágico, a .....	ventaja (la) .....
traición (la); traidor, -a (el, la) .....	ventana (la) .....
.....	ver; visión (la) .....
traje (el) .....	veranear; verano (el) .....
tranquilizarse; tranquilidad (la); tranquilo, a; tranquilamente .....	.....
.....	verdad (la); verdadero, a .....
.....	.....
.....	vergüenza (la); vergonzoso, a .....
.....	.....
trasladar .....	vestir .....
tratar .....	vez (la) .....
tren (el) .....	viaje (el) .....
tristeza (la); triste .....	vicio (el) .....
.....	viejo, a .....

# Tu diccionario

Nivel III, hasta 1.500 entradas  
en la obra adaptada.

viente (el) .....	viudo, a .....
viernes (el) .....	vivir; vida (la) .....
vigilar .....	.....
villanía (la) .....	vocación (la) .....
virgen (la) .....	voluntad (la) .....
virtud (la); virtuoso, a .....	volver; vuelta (la) .....
.....	.....
viscoso, a .....	voz (la) .....
visitar; visita (la) .....	vulgar .....
.....	ya .....

# Guía de comprensión lectora

# Escribe tu ficha RESUMEN

1 ¿Quién es La Regenta? ¿Por qué la llaman así?.....

2 ¿Por qué cambia Ana de confesor? ¿Quién es su nuevo confesor?.....

3 ¿Tuvo Ana una infancia feliz? ¿Por qué?.....

4 ¿Cómo es don Víctor Quintanar?.....

5 ¿Por qué se casa Ana con él?.....

6 ¿Quién es el don Juan de Vetusta? ¿Qué relación tiene con la Regenta?.....

7 ¿Qué piensa Ana de su nuevo confesor?.....

8 ¿Cómo es la relación entre doña Paula y su hijo?.....

9 ¿Por qué sale Ana descalza en la procesión del Entierro?.....

10 ¿Quién y dónde le hace la primera declaración de amor a la Regenta?.....

11 ¿En qué consiste el pacto que hacen Petra y el Magistral?.....

12 ¿Por qué le adelanta Petra el reloj a don Víctor?.....

13 ¿Qué piensa don Víctor al descubrir el adulterio de su mujer?.....

14 ¿Cómo muere Quintanar?.....

15 ¿Cómo reaccionan los vetustenses ante semejante drama?.....

16 ¿Qué desea Ana al volver, después de tanto tiempo, a la capilla del Magistral?.....

17 ¿Cómo reacciona el Magistral al volver a ver a Ana?.....



	<i>Pág.</i>
Presentación de la colección .....	3
Vida y obra de Clarín .....	4
Obra adaptada .....	7
Selección en V.O. ....	95
Tu diccionario .....	103
Guía de comprensión lectora .....	124
Escribe tu ficha Resumen .....	125